

E S T
A C I
Ó N
P O E
S Í A

Manuel Vilas [5] Juan Pablo Zapater [8] Isabel Escudero [9] Adrián González da Costa [11] Carmen Beltrán Falces [12] José Luis Rey [13] Sara Herrera Peralta [15] José Julio Cabanillas [16] Marcos Maticana Martín [17] Alejandro Corchero Varón [22] María del Valle Rubio [24] Víctor Domínguez Calvo [25] Toni Montesinos Gilbert [27] Gonzalo Gragera [32] Rosario Troncoso [33] Emilio Durán [34] Ana Gorría [35] Enrique Bueres [36] Francisco José Cruz [38] Sonía San Román [39] Isabel García Mellado [40] David González Lobo [41] Rafael Adolfo Téllez [42] Jesús Jiménez Domínguez [43] Alejandro Duque Amusco [44] José Luis Vidal Carreras [45] Martha Asunción Alonso [46] Rosa Díaz [48] José Ovejero [51] Antonio Hernández [55] Rocío Fernández Berrocal [57] Victoria León [62] Sergio Fernández Salvador [62] Martín Merino Ruiz-Funes [64] Almoraima González [66] Juan Carlos Abril [67]

Ya dábamos por cerrado este tercer número de la revista cuando nos llegó la noticia, por todo tan terrible, de la muerte del poeta Rafael de Cózar (1951-2014). También novelista, ensayista, generoso divulgador de la obra de otros, pintor, catedrático de la Universidad de Sevilla e impulsor y jurado de los premios de creación del CICUS, ejemplificaba como pocos el caso del creador cuya personalidad expansiva, cordial, de trato fácil, alegre y cariñoso, eclipsa, no con sombra sino con luz, la propia obra.

En absoluto solemne, Fito, Rafaelito, Rafael de Cózar era enormemente querido por todos. Otro día de diciembre, Octavio Paz, cuyo centenario se celebró el pasado año, sobrevivió al incendio de su biblioteca en su piso de la calle Guadalquivir, en la Ciudad de México. Cózar, no: perdió la vida en su casa de Bormujos junto a sus amados libros, esa extensión inflamable de lo que él era. Siempre lo recordaremos con afecto y admiración y, por qué no —a él le hubiera gustado—, con una sonrisa agradecida.

Vayan en su recuerdo estos versos de su poema «Filosofía», donde se siente, sin embargo, su acento más grave:

El saber es el sabor, la digestión del tiempo,
el sueño de la razón
que choca de continuo con la vida,
esa herida que nos va dejando la conciencia
al rozarnos por el mundo que nos toca,
asumir la poca porción de lo que somos
en el curso de la historia que transcurre
entre enero y diciembre:
medio día soñando lo que haremos
y el proceso hacia la noche constatando
lo que ya no seremos, ni hemos sido.

Manuel Vilas

MATERIA

Creo en los ríos sin nombre, en las piedras que yacen bajo las aguas de esos ríos.
Creo en todos los órganos que inventan mi cuerpo cada día.
Creo en mi rebeldía, en mi agotamiento, en mi desgobierno.
Creo que no fui engendrado, creo que mis padres fueron una ilusión, actores de teatro.
Creo que todo muere.
Creo en mi nerviosismo.
Creo que el sufrimiento es más grande que el amor.
Creo en la aceleración política, en la celeberrima maldad de la Historia.
Creo en los cientos de trasatlánticos y en los cientos de petroleros y en los cientos de portaaviones que cruzan en este instante todos los océanos de la tierra.
Creo que las nubes me aman.
Creo en todos los trenes de altísima velocidad que atraviesan ahora mismo Japón a quinientos kilómetros por hora.
Creo en los bares de esos trenes, donde la gente bebe cerveza japonesa y come cacahuets dulces importados de un país que se llama España.
Creo en las dilatadas conversaciones de negocios de esos hombres asiáticos, sentados en los sillones de cuero de primera clase.
Creo en la noche.
Creo en La Habana, en su impertinencia histórica, en su diminuta estrategia.
Creo en la prolongación de la bondad de los muertos.
Creo en la felicidad de los muertos sobre cuyas tumbas la lluvia cae tercamente.
Creo en las confesiones de los presos políticos chinos, en las descargas eléctricas que convierten sus cuerpos en un Ecce Homo que es anterior, simultáneo y posterior a Cristo.
Creo en los que se ahogaron en los mares, tratando de nadar bajo una luna incompasiva.
Creo que soy el hombre más maravilloso de este mundo y de cualquier mundo posible.
Creo que debería ser amado siempre por todas las cosas y por todos los seres.
Creo en los perros.
Creo en Rusia.

Creo en mis dolores inconmensurables.
Creo en los teléfonos móviles sumergibles de última generación.
Creo en los turistas, en su terror al incumplimiento de lo que la agencia de viajes les prometió.
Creo en las nobles alcobas donde murieron los zares antiguos.
Creo en las poderosas drogas paliativas que suministraron al cuerpo agonizante de un hombre que se llamaba como yo la tarde del diecisiete de diciembre del año dos mil cinco en un hospital del norte de España.
Creo que he amado demasiado y demasiadas veces no he sido correspondido.
Creo en la usura, si es mía.
Creo en Dios, en un Dios distinto al vuestro, no infinitamente mejor sino infinitamente distinto al vuestro, sarracenos.
Creo que estoy vivo en tanto en cuanto creo y escribo que creo.
Creo que yo no recibí una educación exquisita como sí la recibió la escritora Irène Némirovsky, que nació en Kiev y murió en Auschwitz.
Creo en el dorado hígado de Jesucristo, en su elevación, en su lujuria, en su idolatrada y veloz ascensión a los reinos de la nada.
Creo que yo no pasé noches enteras en los duros asientos de tercera clase de los trenes franceses de mil novecientos cuarenta y uno como sí las pasó Irène Némirovsky.
Creo que la tierra jamás, absolutamente jamás, fue redonda.
Creo que no existe la raza de los hombres.
Creo que mi soledad es más real que mi persona o mi existencia.
Creo en los delfines, en los caballos y en los rinocerontes.
Creo que sí existe el Mal.
Creo en el Mal, en su imperio inabarcable, en sus vastas extensiones de superficies orgánicas e inorgánicas de este mundo y de millones de otros mundos, en sus océanos, en sus peces negros, en sus aves rojas, y en sus elevadísimas montañas donde todo es dolor y vacío, anunciación y prestigio, codicia y soledad.
Creo en la infelicidad del Universo.
Creo en Anna Karenina, en su general hundimiento, en su festivo hundimiento.
Creo en Jay Gatsby, en la suave y blanda oscuridad de la bala americana que lo mató.
Creo en Berlín, en una triste canción que lleva ese nombre y cuya letra contiene, cifrada, la historia de mi existencia.
Creo que la luz es un milagro destinado a nuestra credulidad.
Creo en el viento de la tarde que acaecerá en esa tarde en que el mundo termine.
Creo que la muerte nunca creyó ni creerá en mí como sí cree en ti y en todos vosotros.

Creo que me he vuelto profundamente sabio, delicado y frenético.
Creo que estoy encima de una montaña de viento, tomando el venenoso sol.
Creo en mi demolición, como creo en la demolición de los grandes edificios envejecidos.
Creo en los degollados, en los torturados, en los ejecutados en la silla eléctrica, en el acre semen de la cristiandad, en la sutil y casi invisible erosión del sistema nervioso de aquellos hombres buenos que padecen incurables, feroces trastornos psicológicos que acabarán siendo, con el paso de los años y la llegada inesperada de un envejecimiento prematuro, visibles descomposiciones neurológicas, severos trastornos mentales.
Creo que acabaré solo, en un piso de alguna circunvalación perdida, con una pensión de cuatrocientos euros, en un piso de cuarenta metros que ni siquiera serán cuadrados sino tal vez redondos, sin ascensor, bebiendo cerveza barata como el último de los sabios asesinos.
Creo en el hundimiento de todos los hombres y de todas las mujeres, de todas las formas de gobierno, de toda forma de intención política, de todo bien y todo mal, de todos los países, de todas las razas, de todas las florecientes ciudades del Universo.
Creo en el fuego, que creó al fuego.
Creo en el agua, que creó al agua.
Creo en la desaparición, en las brujas vencidas, en el Mediterráneo inhóspito antes de la llegada de las trirremes romanas.
Creo en el mar que vio el hundimiento de la Armada invencible, que vio el hundimiento del acorazado California en Pearl Harbor, que vio la oxidación imparable de los bellos submarinos soviéticos de la Segunda Guerra Mundial que vigilaban el Mar del Norte.
Creo en las grandes transformaciones que han de venir mañana y en el derramamiento de la sangre de los canallas, creo en la muerte de la Historia tal y como la conocemos y creo en el nacimiento de un nuevo hombre, cuya vida será inalterable e ilimitadamente erótica y perfecta.
Creo en Satanás, en Jesucristo, en Lenin, en el dólar, en la guillotina y en el sexo duro de la loca de tu hermana, que nunca tiene bastante.
Creo que nunca moriré.

Juan Pablo Zapater

CERTEZAS

Certezas,
apenas unas pocas después de tantos años:

que la noche y el día se suceden,

que el sol es el ventríloco escondido
tras la voz plateada de la luna,

que el mar es una máquina de olas
y el viento un tren con vías invisibles,

que las flores cortadas enmudecen
y los árboles lloran por sus brotes,

que el amor es un galgo que galopa
con el alma de un lobo moribundo,

que nunca hay marcha atrás en los relojes
y dios es la más cierta de las dudas,

que la muerte es un niño amamantado
por la leche materna de la vida.

Isabel Escudero

SUEÑO AMARILLO

*Mi primer viaje sin ti:
En memoria de Agustín García Calvo,
devoto de la lírica ferroviaria, con quien tanto viajé.*

No sé si las viñas
o la ventanilla
o el sol que derrama
su miel amarilla.
No sé si esos ojos
de vaca aburrída
que al pasar el tren
sin querer nos miran.
No sé si es el agua
que luce tranquila
espejando los flancos
de las orillas.
No sé si esos guiños
de purpurina
de los nerviosos chopos
en quieta fila.
No sé si esa cara
de luna menguada
que en el cristal me mira
es la sola de tantas
por tu amor florecidas,
y que ya una y sola
se hizo yo misma.
No sé qué decirte
ni cómo me humilla
esta falta de ti
y de tu maravilla.

Pero mira, amor, mira:
es que ahora sin ti,
sin tregua ni prisa,
sin adónde voy
ni con quién la cita,
en amarillo sueño
me quedé dormida.

(En tren a Galicia, entrando desde el Bierzo. Otoño 2013)

Adrián González da Costa

GIRA Y GIRA SIN SUEÑO EN MI MEMORIA

Gira y gira sin sueño en la memoria.
A las afueras de tu pueblo, cerca
de los campos perdidos, una alberca
y un burro gris girando en una noria.

Condenado a esa rueda giratoria
con los ojos tapados y la terca
voluntad de avanzar, como una tuerca,
gira y gira sin fin ni escapatoria.

Era ya viejo cuando tú pequeño
de modo que ya debe de estar muerto,
a salvo de la vara de su dueño.

En cambio tú aquí sigues todavía
yendo y viniendo en sueños y despierto
cada noche a tu infancia. Y cada día.

Carmen Beltrán Falces

¿cómo suena un ser humano
al romperse?
una mujer que quisiera
que el estruendo
no desmereciese a su dolor
que quisiera por un momento
que ese terrible ruido
lo comentaran en las tiendas
lo buscaran con los ojos los niños
obligara a los vecinos a
levantarse y asomarse
por la ventana
¿cómo suena una persona
al quebrarse?
¿qué sonido produce
desear terriblemente
la propia muerte?
¿cómo suena un hombre
que olvida la esperanza?
¿cómo es?
¿quién lo sabe?
¿quién lo traducirá?
¿quién lo convertirá
en la canción más terrible
esa que todo el mundo oye
y finge no entender?

José Luis Rey

LOS SIMPÁTICOS

Tienen el pelo verde los simpáticos
y de sus ojos sale el fuego de San Telmo.
Cuando tosen caen conchas
a la arena encendida,
esas monedas que perdía Dios.
Y recorren el mundo de taberna en taberna
contando chistes, cantando.
Apolo policía no podrá
detenerlos. Son altos, son eléctricos.
Y tocan mandolinas consteladas.
De niño yo creía
que hacían girar ellos los planetas
y en mi pañuelo blanco
dibujé un molino de viento
para soplar y ayudarles.
Los simpáticos saltan de las tumbas y toman
naranjada o café.
Y después organizan su desfile:
carrozas de simpáticos adornadas con flores
y patos que los siguen graznando el alfabeto.
Yo me dije: si un día
me volviera simpático
prometo volar siempre con los ojos abiertos
sobre la chimenea de las brujas.
Oh el deshollinador
que llega a casa disfrazado de lluvia.
Pero se baña y ya está
simpático otra vez.

Príncipes del mirar y los brazos abiertos,
¿cómo seréis allí?
¿Encenderéis candiles en la noche?
¿Seréis como los loros
en un aparcamiento subterráneo?
De verdad que no puedo comprenderos
y sin embargo envidio
vuestras capuchas amarillas, vuestras
danzas en el tejado.
Oh simpáticos, ¿puedo
unirme yo a vosotros,
yo que soy antipático y felino?
Pero apenas habláis. Solo vuestra sonrisa
se estira como un plátano en el cielo.
Y los ángeles vienen a daros la merienda.

Sara Herrera Peralta

PREFIERO

Prefiero las excepciones.
WISŁAWA SZYMBORSKA

Prefiero la risa a la sonrisa,
prefiero celebrar una amistad
a convenir una cita,
prefiero la brisa al viento,
prefiero el mar al río
y el horizonte a la ventana.
Prefiero decir aquí, calor, casa, hogar,
al carné o a la nacionalidad,
prefiero el color a la monotonía,
prefiero que haya por lo menos
el mismo número de mujeres
alrededor de la mesa
y prefiero que no haya altar,
ni premio, ni medalla.
Detesto las listas de espera
y la de los excluidos.
No soporto el dolor provocado por el odio
ni que me señalen y me digan
tú, distinta, tú, extranjera.
Prefiero ser yo misma,
prefiero lo cercano de lo desconocido
al miedo a lo lejano.

Prefiero, en fin,
la boca serena,
las manos abiertas,
el corazón pidiendo
un poco más de calma,
algún lugar
donde quepan aún
los sueños de los tristes.

José Julio Cabanillas

EL POZO

La garrucha está fresca
aunque el sol ya está alto, más arriba
de los negros tejados. No hay sombra para nadie.
Sube del pozo, mecido por el ronco
girar de la polea,
un cubo de agua limpia, delgada, generosa.
Cuanto yo sé de mi, cuanto puede aprenderse
del universo todo, aquí lo bebo.
El eje de la tierra, el lento germinar de las estrellas,
el ojo de los lagos,
la cola de un cometa que llega del vacío...
Y aquí el agua, que canta
con su glu glú de niña que no sabe
pero guarda la llave que abre todos los cuartos.
Agua, hermana, límpiame tú los ojos,
di mi nombre,
espanta tantas muertas estrellas que ahora llevo
dentro del corazón como ascuas quietas.
Agua, hermana, vocecita que alza,
de la vida a la vida, a quien llega a tu lado.
Deja un sorbo en la boca de quien sabes.

Marcos Maticana Martín

DENISSE

El burdel abre sus puertas encendidas

JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ

Y si quieres yo te quiero

pero págame primero

RADIO FUTURA

Por las noches la ciudad

Es ahora

un turbio lupanar violento

Con enjambres que tiritan falsedades

Bajo la luz eléctrica de los neones

Las convulsas esperanzas en la puerta

Vertedero de rincones desolados

Para combatir la angustia o el Babel

Tropel ciego de huecos en la boca

Y deshabitar el desaliento de una vida fracasada

De un cuarto alquilado y la hipoteca

De una casa perdida por convenio

Del frío

cristalizado en la niebla de los huesos que se escarchan

En el sudor de la fiebre

O en el desamparo de las noches

en hoteles

en los coches que se arropan

a distancia

en desiertos descampados

de asientos traseros

abatidos

Solo beber mucho otra vez

Otra vez perder la cuenta

Vodka o whisky

Necesitarlo como una palabra amable

Y es la última verdad pero solo

Para calmar el inmenso
Dolor de cabeza el dolor
Que oprime como tenazas
Los ojos desde dentro o arrancarlos
Como un payaso insomne que declina
Las palabras de los casos que detesta

El pelo sucio del sudor y despeinado
La barba salpicada ya de canas
Sin saber a cuento de qué pero acordarse
Porque ha habido demasiadas
Y no todas fueron furcias
Pero todas al final en qué han quedado
De ella que le acarició la cara imberbe
Y recorrió sus labios con las yemas
De los dedos y lo miró a los ojos
Hasta cerrárselos con su luz verde
Como si ya lo conociera
Sin recordar su nombre ahora
Denisse o Janisbel
Y creo que estuvo enamorado

mucho

Un segundo al menos cuando ella
Le pasó los dedos por la nuca
El pelo corto
Y le guió la torpe mano

hasta el pétalo encarnado de su sexo

O le clavó las uñas en los hombros
Y lo miró con la inocencia de una niña
Que ahoga un jilguero contra el pecho
o arranca el ala

De una mariposa y traza luego
su epitafio azul
con el polvo iridiscente de los dedos
Y bromeaba con su lengua
que era rueda entre las piernas

Pero en el fondo
Era altiva e insolente
Y nunca estuvo más enamorado
Si es que alguna vez aquel agosto
Que se diluyó enseguida entre los libros
Los apuntes de Semiótica y entre niñas
Pijas del Náutico sedientas
De una seminal Semiología

Y es triste pero un día que fue alegre
Regresó a su casa con sus hijos
Tres o cuatro todos machos

según ella

Y siempre hablaba al desnudarse
De su marido que era viejo y de su vieja
Que querían creer que estaba
Limpiando en un hotel cualquiera de la costa
O en la cocina o que cosía
Los arreglos para un Zara
Pero no era

como las yonquis que se ofrecen
temblando siempre por el frío
de mil pesetas al final del muelle
con los dientes picados y las sílabas
arrastradas por la arena o las agujas

Ni era puta

como las niñas de papá
que bebían Martini en las terrazas
blancas como sepulcros de piel bronceada

Les sonreirá quizás a ellos

ahora

Con la mirada líquida del rímel
De haber llorado o reído
Y los labios rojos siempre
Nicole de pies pequeños

Y serán caricias sus palabras
Como lo fueron siempre antes
Que se sentaba en sus piernas
Y recorría las costillas con los dedos
Macillos finos de xilófono
Para tocar
 la rutina del recuento
Por si faltaba alguna o rezando
Su lejana letanía de atardeceres y palmeras
En jadeos que eran rosas de voz en sus espinas
Ir a verla con excusas otra vez
No me mantengo del aire sólo
O me pagas o no hay más

 Negra flor

O muy pronto pero siempre
Cuando la brisa del mar ya había barrido
El calor pegajoso de la siesta
La tristeza y las moscas
Posadas en las cucharillas del café
O en la huella de los labios de las tazas
Tardes para escribir algo
Sin saberse aún mediocre en veladores
Que bullían de veraneantes y turistas gordas
 de beber sangría
 y sólo quieren
 sexo por la noche
 o ver el mar
La escollera refulgente por la espuma de las olas
Tras un cartel de helados Frigo o el resumen
De la infancia muerta en los colores vivos
 de su alegre mercancía de nombres
 y miembros rosas amputados

Como la Venus milena que guardaba desmembrada
Quizás siga
La fuente veteada que centraba el patio

Y eran blancas las paredes y los muros
Altos encalados y escalados
De hiedra oscura y buganvillas
Y una jaima blanca y negra arlequinada
Cubría el patio en la penumbra de macetas
Y sólo una ventana con su densa
Celosía de encaje tras las rejas
Del azul de Chauen a la calle
Con su voz de niños
Como un faro
 sobre tejas
El remate calado de una chimenea
Portuguesa en sus dibujos y barroca
 como el breve
Paño de azulejos que anunciaba
 añil y blanco
En el postigo grueso y el portillo
La Promesa y un fanal pequeño
Donde de noche en el dintel
Titilaba la luz roja del misterio
De aquel sagrario que esperaba
Su nocturna adoración

Y éramos tan jóvenes entonces
Que no era consciente pero ya
Una jauría de olvidos nos seguía
El rastro para devorar los años
Como draga de recuerdos y cebar
De nuevo el hambre
De crepúsculos en versos de Pavese
Y ahora dudo incluso si la quise
De verdad y ni siquiera
Sé si fue su nombre
Nicole Denisse o Janisbel

Alejandro Corchero Varón

EL SUEÑO DE WONDER WOMAN EN UN SANATORIO CARIOTA

Hete aquí,
en el medio de un cruce de caminos.
¿Oriente u Occidente?
¿Occidente u Oriente?
Te preguntas mientras tiran de ti.
Tiran hasta desgarrar tus músculos,
hasta romper tus huesos,
y convertirte en lo que ahora eres:
la Venus de Milo que soñaba con tocar el arco iris con la punta
de los dedos.

A la derecha, un wahabista.
Quiere liberarte de la superficialidad occidental,
de la MTV, del *wonder bra*, de Madonna y de sus vídeos musicales
a base de guerras santas y mártires suicidas.
Tras él, su séquito de esposas
cuyos cuerpos han sido tapados y escondidos
a excepción de sus ojos.
Sometidas a un mundo patriarcal,
y condenadas a vivir entre la alcoba y la cocina,
mientras que su espacio vital se ensancha sin fin.

A la izquierda, Superman.
Quiere liberarte de la corrupción oriental,
del Corán, del *hijab*, de los fundamentalistas y de sus
coches bomba
a base de guerras sin fundamentos y bombas nucleares.
Y junto a él, su cortejo de *playmates*

cuyos ojos han sido tapados y escondidos
a excepción de sus cuerpos.
Sometidas a un mundo patriarcal,
y condenadas a vivir entre la talla S y la 90-60-90
comparadas, analizadas y elegidas como hacen con el ganado.

En medio estas tú.
En llamas, ardiendo como *kebol* de tus pestañas,
como el tatuaje de tu espalda desnuda.
Eres la mujer sin rostro y múltiples máscaras
que, como Lilith, sueñas con volver de tu destierro
para abrirte paso y construir un camino en medio de la nada.

Hete aquí,
en el medio de un cruce de caminos,
mientras observas impasible por la ventana un pueblo en ruinas,
sin saber qué camino elegir.

María del Valle Rubio

Por las calles del sueño
va mi alma buscando alguna luz,
la trayectoria que pueda conducirla
al susurro del alba.

Voy pisando las huellas de otros pasos,
los pasos de otras noches,
las noche de otros días.

La muerte es como un sueño inacabable,
como una pesadilla para el alma
que no sabe vivir con su desnudo.

Levito y me acompaña la certeza
que voy a despertar sobre el olvido
de todas las desdichas.

Y todo eso sucede
cuando la luz despunta
y entreabre sus párpados y anuncia
el nuevo día.

Y, así, estaré en todo lo veo,
en todo lo que soy,
hasta que al fin consiga comprender
que es sueño lo que vivo,
que es muerte lo que sueño.

Víctor Domínguez Calvo

EL HACEDOR DE TIEMPO

*Te voy dando forma muy despacio cada noche
viene el día y me destruyo contigo.*

MICHALIS GANÁS

Demorado en la pálida tibieza,
siendo abrigo del pensamiento frío,
como nácar festivo del sollozo
nos espera el presente.

Y le abrirías tu casa
como se abren los pétalos
de los ojos de un niño en la mañana
para acudir veloz
a arropar los colores entrevistos.

La noche,
cruel guarida de frágil terciopelo,
los rincones del día invade a veces terca
y en su oscura venganza nos ofrece el engaño
tras alzarse latente victoriosa en el iris.

Con el mundo a los pies de un nuevo mundo
los cuervos del ocaso
clavados en el día nos reclaman
una visión perdida del ahora.
Y en la luz eclipsada de los astros
por el sol que nos late
anidamos el verbo
que promete la sombra salvadora.

Si arde un verso en el cielo
ese verso es el alba.

Y en la paz impensable,
como alondras distantes,
la difusa templanza se adormece
en la boca del tiempo.

El presente nos lanza
un puñado de tierra hacia los ojos
y masticamos fieles la osadía
de sentirnos en vida serenados.
Y el vacío
en su orgullo infinito nos entrega
con sus dagas sin fin la piel calada,
como un tiempo imprevisto,
rebotante de rabia en nuestra hoguera.

Sentado en la terraza de sus días
un hombre hace tiempo en la memoria.

Frente a él
la memoria hace tiempo en su mañana.

Toni Montesinos Gilbert

UN SETTER IRLANDÉS NO TIENE ABOGADO

Prorrumpo.

Qué de verbos amparados en el cajón de la conciencia.
Las dos palomas que vi desde la ventanilla del coche
¿se peleaban o hacían del coqueteo y la caricia una forma de lucha?
En el juzgado de mi memoria me han llamado a declarar.
Me nombro culpable antes de saber de qué se me acusa.
Pues no soy más inocente que el anestesiador que entorna los ojos
antes de disparar el fusil medicinal de sus improperios.
El setter irlandés con el que me he cruzado en la sinestesia de la calle
no tiene abogado, eso lo he visto claro sin temor a equivocarme.
Su hipoteca de aire y tierra valen el presente y su sentencia de vida.

Soy yo el patriarca de mi familia tras haber matado al padre.
Lo degollé una noche silenciosa, leyéndole sonetos de monosílabos.
Lo asfixié triturándole las esperanzas; lo envenené con un brebaje de adverbios
y lo rematé sin final feliz: el desenlace del cuento nunca lo sabrá. Luego,
soplé muy fuerte y derribé sus ojos de paja, su corazón de madera, su alma de ladrillo.
Y entonces pude hibernar, teclear facturas como un autónomo poseso,
contradecir a la calculadora, prorrumpir dentro de mi armario y ser muchos:
cada yo en una camisa, cada ego en un abrigo, cada superyó en un pantalón.
Admito que fui un convergüenza, un santo en alquiler, un faquir con pinchos de rosa.
Sangrar sangrar, no sangré, pero sí me disculpé por mis gotas malayas
encharcando mi mente, mojando las pisadas de los demás.

Ni las palomas ni el setter tienen la culpa de mi cárcel.
Si supiera salir de ella, convocando al consejo de dirección,
al contratista, a quien me ha dado el empleo de vivir con número
de afiliado a caminar y a otear, a discernir y a comprobar.

Si pudiera devolverle mi placa, mi arma, mi silbato, mi gorra de aparcaalmas,
yo robot sin Asimov, mi nao sin pintas, niñas ni santas marías...
En caso de ir a la deriva, pulse a tientas UNO,
si desea sexo por doquier, apreté con fricción el número DOS,
para pedir un presupuesto de amor y familia, marque el TRES,
para otros asuntos, desmanes, fruslerías, meriendas, aquelarres, botijos, senderos,
gladiolos, impuestos sin espermatozoides y pasteles de guayaba y horizontes en
zigzag, espere, una voz que improvisa, una voz gimiente, despertándose, lechosa,
frenética y contumaz, sea lo que sea lo que signifique contumaz, le atenderá en
cuanto las líneas estén libres. Manténgase a la desespera.
Si en-lo-que quiere escuchar una sonata inédita de Mozart, diga: EME de mmmm...
Si en-lo-que quiere oír el balón entrando en la red todas las veces que Kobe Bryant
encestó en el Staples Center, contra los Toronto Raptors, hasta alcanzar 81 puntos,
diga KA de Kafka, aunque no se haya metamorfoseado nunca.
Si en-lo-que quiere un saxofón en directo solamente para usted, diga:
melancolía de lluvia tras los cristales. O aproveche para vender su Opel Agila,
buen estado, 50.000 km, 2.500 euros, neumáticos, batería y alternador nuevos.

Hágase la luz, y la luz se pagó, oigo. Hágase un kilo de tomates, una ensalada
a mitad de precio, perseguida por la caducidad, y la ensalada se cobró. Hágase una...
Dejémoslo. El setter sin abogado pisa cuatro veces detrás de mí. Las palomas
ya han volado, el semáforo verde, el impaciente detrás: ventrílocuo en su claxon.
Si ahora llegaras por detrás, me taparas los ojos, quién soy yo para ti, dijeras,
una invención, una mentira, una tergiversación, un malentendido.
No te hablo de amor, dirías, ah, de acuerdo. Quién eres, insistiría yo:
dame tus referencias, currículum y prueba del sida, renta y patrimonio.
Te estoy hablando de amor, te contradecirías. Del amor sin hache ni eme geminada.
Amor nunca tuvo hache. Sí para mí, replicarías. Al amor hay que ponerle
esa hache para que la pelota de rugby vuele y la atraviese: el amor es un ensayo.
Quién eres, dímelo ya, vamos a chocar, será entonces un Opel Agila,
estado catastrófico, 50.000 km y un metro criminal, un centímetro suicida,
un milímetro fúnebre. Al menos, bésame para que la muerte
me llegue con la saliva de tu aurora, para morir celebrado en el bajo vientre.
Para qué querría matarte si yo te reviví, dirías, y yo sin manos en el volante,
sin pies en los pedales, a punto de colisionar con la vida.

Espera, justo esta tarde, cita con el testamentario, todas mis posesiones son para mí,
Soy el único heredero, el beneficiario, porque todo es mío, menos el setter,
menos las palomas, las excepciones confirman las menstruaciones de la jurisprudencia.
Conceptos esparcidos: los piso y rejunto como un puzle. (Te debo una, Lope.)
Tengo en el ático un laboratorio de literaturas: mezclo páginas y me sale
Madame Karénina, El amor en los tiempos que se bifurcan,
O surgen nuevos: Campos de castilla alucinógenos, Fortunata y su tía, Pedro,
¡párame!, reservados los derechos del plagiador, reservado el derecho de castración,
hay poemarios de reclamaciones. ¿Está usted ahí? Sí, sigo aquí, antes del choque.
¿Quién eres? Parca o Musa, morsa de escuadra, pandillera de iglesia,
desahuciada de cueva, la cobradora del crac del 29. Quién eres.
Tus manos huelen a rastrojos de campesina y a ríos de champú,
segunda unidad a mitad de precio. Tu voz tiene algo
de diablesa apretada en su ceñido cuero de película de serie B, sábado por la tarde.
Tu acento no es de aquí, suena como si, buscando ladrar, maullaras,
como si queriendo chillar de desesperación, susurraras palabrotas en latín.

Dime si soy más artístico que el setter irlandés sin abogado, que las aves
que se tocaban sin manos, se peleaban sin puños, se amaban sin libros.
Si me estrello, que mis cenizas sean depositadas en la cumbre del Everest, o,
en su defecto, en la alcantarilla de la calle Pi i Molist, esquina Virrei Amat,
justo al lado del escupitajo del quinquí sin EGB, de la colilla del vendedor
de muebles de la acera de enfrente, heterosexual sin novia, pero de la acera de enfrente;
porque me estoy refiriendo a la alcantarilla bajando la calle a la derecha, al lado del bar
donde nunca quise hacer planes de atentados a la democracia para imponer
la dictadura de la fraternidad, porque la tele estaba demasiado alta,
la gente estaba demasiado muerta hablando sin parar.

Si quieres de verdad frenar este delirio, tápame la boca en lugar de las manos,
o tápame las manos que escriben a ciegas, que no saben para qué escriben.
Átame los pies y échame al mar, la ballena de Gepeto me espera hace mucho,
la concha de Venus me espera hace mucho, lleva demasiado salpicándome y ya la odio,
ha conseguido desquiciarme florentinamente, me mira con fijación hasta incomodarme.
Yo quiero una negra que cante mientras camina descalza y el sol aclara su piel.
yo quiero una bicicleta cuyas ruedas no se deshinchén como mi alma,
para lanzar el periódico a la casa del señor y la señora Smith, ver la botella de leche

en el zaguán, el neumático bajo el árbol, la abuela sin edad que, sabia, calla.
Quién eres, o mejor dicho qué quieres sacar de mi colisión, de mi ceguera amanuense,
de mi brújula a la deriva en el corazón de los demás.
No puedo pagarte, si es eso lo que buscas, sino con jabón cristiano en tus pies.
Me he dado de baja en el psiquiátrico, en el Club de los Vividores Fracados.
Valgo lo que valiera si me vendieran en un mercadillo de personas de segunda mano.
Solo soy bueno para ser esclavo, enseguida veo normal obedecer,
totalmente justo ser usado como trampolín, semental, acunador, guía callejero.

Cuando me sueltes, me destapes los ojos, me liberes de lo que ahora veo,
te lo explicaré todo, incluido por qué aquel setter irlandés caminaba tan seguro.
Obedecía a su dueño. Como yo obedezco al mío, ahora tú. O tal vez es al revés.
Si me dejas escapar, me quedaré contigo. Si me dejas quedarme, huiré.
Muchos nudos habrá que no sepa desatar. Un día conocí a un viejo marinero
que tanto navegaba que su último hijo no lo reconoció. ¿Quieres ser tú
ese marino fustigador de olas?, ¿ese ausente que se tapaba los ojos y solo veía
la sal invisible?, ¿cuál sería el sentimiento que definiría la mirada
de aquel viejo que cambió su trabajo por el de portero de edificio?
Me gustaría ser Homero con lentes de contacto, Cervantes con teclado y zurdo,
Proust acalorado de aforismos, Leopardi sin lunas que mirar.
Todo para versificar la proa del destino del portero, la popa de su pasado,
el babor y el estribor de sus miedos en la noche, sus tierras a la vista
cuando el ancla ya está clavándose en el agua del reencuentro.
Menudo polizonte amanerado, afeminado, sería yo. ¿O es que no me crees?
Vamos a chocar, si es que en realidad yo no he chocado antes y esto es
mi liberación. Tus manos huelen a buzones de correos llenos de orgasmos.
Si sobrevivo al antifaz de tu piel, que me nombren juez y parte, porque siempre seré
culpable de algo, inocente de nada. Si me investigan, si palpan mi cadáver,
encontrarán que una vez salté vallas hacia atrás, que lloré un día inútilmente
(el día que nací), que quise morir pero vivir, que quise morir, pero viví,
que quise vivir para poder desear morir, casi morir para desear poder vivir.
Que jamás supe nada de diptongos, hiatos y árboles sintácticos.
Que nadie me ayudó a crecer, que fueron mis músculos y huesos los ordenantes
de la filosofía que profesé, que me hizo prorrumpir
en reuniones de vientos, en entierros de claridades, en promesas de pasado.
Déjame libre, entonces, ahora que voy a morir en guerra conmigo mismo. Las aves

han levantado el vuelo de su huida, el setter irlandés sin abogado se aleja
sin aullar por mí, sin saber que vivo sin remedio para nada.
Ellos tres son mis amos. Mi visión es mi amo, y ella me condenará al olvido.

Gonzalo Gragera

ANTICUARIO

Tu memoria es el tiempo
de esta luz de noviembre.

La prensa sin esquila y la escuela sin libros.
El umbral del zaguán y el silencio del patio:
sus ofrendas de paz han sucumbido.
Caducos son los gozos,
efímeras riquezas.

Sic transit gloria mundi.

Extraño has entrado
en una tierra extraña.
Camposanto sin ánimas
ni engreídos cipreses,
la certeza en la muerte
de un vivo tenebrario.

La muerte es una empresa:
el mercader consagra
el precio del olvido.
Arrasan y profanan
en estos inventarios
huérfanos de un hogar,
sin nombres; ni apellidos.

Sic transit gloria mundi.

El anticuario es un naufragio
donde brilla la ausencia en él perpetua.

Rosario Troncoso

EL VACÍO QUE TE DEJO

Nunca quise irme, deshabilitarte,
ni arrancar de tus brazos a esa chica
que me prestó una vez
sus pechos bien nutridos,
su piel y sus lunares más recónditos.
Los veranos carnales y fugaces.

No es natural desaprender a vivir,
ni tampoco una vida descosida,
la distancia prematura, el llanto
crónico de los hijos.

No he sabido ordenarme la sangre,
ni evitarte el olor del miedo químico
ensuciando este aire de la casa.

Emilio Durán

LA NADA

Pensar la Nada
y adornar su vacío con rosarios
de fruslerías.
Llenarla de planetas y horizontes
sin final.
Agotarse recorriendo
sus innumerables y soberbias avenidas
que a ningún lugar conducen. Inmensa
oquedad que, a veces, llamamos Todo
y, en ocasiones, nos parece Dios.
Una señal,
queremos un signo, aunque sea muy pequeño,
para acercarnos
a su misterio, aunque nunca lo lleguemos
a entender.
Una señal tan sólo,
para comprender nuestra minúscula
nadería.

Ana Gorría

Parece que este cuerpo parece que es espino.

Sobre la zarza ardieron las palabras. Una flor
rompe el tiempo,
del límite del cielo nace una mano contra.

Soy la que soy.

La sombra se deshace contra la propia sombra,
parece que este cuerpo parece que es un junco,
que las cosas se esfuman contra su propio límite.

El viento nos recorre, la música no suena, el pubis
que nos vuelve a florecer: carne de prisa y fuga.

Un cuchillo parece que se eleva.
Soy la que soy.

El cuerpo alza el vacío, es
la espiral de mí misma a mí misma a mí misma:
la llave que aparece y que desaparece, la flor, el
filo del cuchillo.

Andas.

Soy la que soy.

Enrique Bueres

LAS PREGUNTAS

¿Es real el vídeo *Voodoo Lounge* de los Stones?
¿Alguna vez Jesucristo
pasó distraído junto a un pobre
sin darle una limosna?
¿Qué pensaba Aníbal de la eutanasia?
¿Hay sombras en la noche que es mejor no ver?
¿Sabe Jay Leno que existe Llanes?
¿Dónde compraba la fruta Sade
cuando vivía en la Cava Baja?
¿De quién son los recuerdos
de lo que nunca recordamos?
¿Cantó Napoleón
alguna canción de cuna?
¿Hay vida antes de la muerte?
¿Qué sentido le falta
a lo que no tiene sentido?
¿Es cierto siempre: «Si no queda satisfecho,
le devolvemos su dinero»?
¿Por qué en Nueva York
puedes ver a todo el mundo
y nadie te ve a ti?
¿Es real el cine de Tarantino?
¿Por qué ya no recuerdo
todos los pasos que había que dar
para demostrar que $E=mc^2$?
¿Qué ha sido de aquel mundo
que nos prometían cuando éramos niños
a finales de los sesenta?

¿Dónde están los autopropulsores
que según un documental científico
todos tendríamos en 1990?

¿Cuál fue la última generación
que creyó en un futuro mejor?
¿Es real el éxito de Dolores O'Riordan?
¿Qué pasa con las drogas?
¿Tendremos tiempo para cumplir
las promesas olvidadas?
¿Por qué Jorge Amado
quería escribir mi nombre con h?
¿Cuántos sueños necesitamos
para olvidar las pesadillas de la infancia?
¿Quién se ocupará en el futuro
de los colgados que pueblan las calles?
¿Sigue Marc Cooper
colaborando en *The Village Voice*?
¿Tendré hijos?
¿Cómo sería mi autorretrato
en un espejo convexo?
¿Me casaré?
¿Qué sabor tiene la tristeza
cuando nada puede calmarla?
¿Por qué tantos artistas sienten
«una clara preocupación por la muerte»?
¿Habrá reyes en 2050?
¿Dónde se esconde
todo el tiempo perdido?
¿Viviremos para contarlo?
¿Por qué se suicidó Jean Seberg?

Francisco José Cruz

EL ABRAZO

Este miedo a quedarnos
el uno sin el otro,
a no morirnos juntos

—hagamos lo que hagamos,
aunque estemos absortos
cada cual en lo suyo—

nos trenza en un abrazo
tan carnal y redondo
que da la vuelta al mundo,

como si así los años
no pasaran del todo
mientras seamos uno...

hasta que ya el cansancio
de la vida, a su modo,
desate nuestros músculos

y quede entre mis brazos
tu ausencia sin contorno
o la mía en los tuyos.

Sonia San Román

Por esta acera corría mi fantasma,
bajo un paraguas y baldosas huecas
desfilaba la huella de unos pies que fueron,
de un pelo a trasquilones que hoy se cubre.
Mirar como si no reconociera
un ladrillo, un timbre,
un número 40,
aún las cifras de un teléfono tintineante,
tu edad, la de tu padre.
Las escaleras de un tercero.
Protección oficial. Yugo y las flechas.
Ochenta años subiendo a un tercer piso
como el lobo reincidente de Ferlosio.
El estraperlo, la abuela rapada.
Silencio.
Los oídos solo para John Wayne.
La friselina del Che en un pasillo estrecho,
la grasa en las paredes.
En mi costado
palpitaban rabiosas las cicatrices antiguas.
Sería la lluvia.
No hablo de nosotros.
¿Quiénes fuimos nosotros?
Hablo del puñado de sombras
que colgaba de tu puerta
como la ropa reseca,
como el correo olvidado,
como las pieles curtidas de un taxidermista.

Isabel García Mellado

fui un bebé muy blanco en tu mano-pistola
todas las mujeres del mundo niegan tu nombre
eres un hombre terrible
¿eres un hombre terrible?
he subido tan alto que ya no te veo
eres una hormiga de perfil y Pedro Casariego Córdoba me mira desde el otro lado de la vía:
está serio pero no sé por qué me doy cuenta de que me está sonriendo
hay un bebé muy blanco en tu mano-pistola y esto va a ser siempre así
yo no tengo bebés blancos en ningún sitio
yo siempre he sido el lugar más pequeño en el que habitar
y sin embargo: la selva dentro

David González Lobo

Traes la luz. Estoy desnudo en un nido de paja y barro
sin dejar de ser mi hermano hambriento.
Me das agua con el dedo y un insecto verde y brillante.

Nos estremecemos por la sombra que se interna en el bosque
en la tierra gris entre hojas de plata
y en el arcoíris de niebla en el rocío de la hierba.

Esta sombra es el centro y se dilata.
Esta sombra es el centro del ojo y se cierra.
Esta sombra es el centro de un rayo o un diamante

y cae ladera abajo.

Rafael Adolfo Téllez

UNA TIENDECITA

Ya no se ve al niño
que al doblar un recodo llegaba,
en la mañana,
con unas cuantas monedas,
a la tiendecita que hay en la calle Torrijos.

Huyó el viejo tendero con su
delantal blanco.
Siempre bajo una luz muy tenue,
como en el Génesis.
Se fue no sé adónde
el mostrador con sus cajas de arenque
y su papel de estraza...
Se aleja todo, se sabe.

Lo mismo que aquel
cielo turbio
que era un brochazo de Dios
en la calle dormida

por donde, de cuando en cuando,
venía noviembre con su pala al hombro,
con sus alforjas de oro.

Y nos amaba.

Jesús Jiménez Domínguez

CAMPO VISUAL

Según una revista de divulgación científica
el ojo humano posee, en su dimensión
horizontal, un campo visual de 120°.
Lo que significa que los restantes 240,
desplegados a nuestras espaldas
como la frondosa capa de un mago,
pertenecen al dominio de lo invisible,
un reino donde todo es sombra y ceguera.

De modo que, si los números no me fallan,
a primera vista sólo percibimos –más o menos–
un 33% de realidad, un tercio de cuanto
nos rodea: 1/3 de bosque, 1/3 de árbol,
la tercera parte del vuelo de un pájaro.
El resto, por lo visto, se nos descuenta,
se nos escatima, se nos niega por ley.

Cierro la revista y apuro mi tercio de cerveza.
Cuando levanto la mirada, el pájaro ya no está;
pero sé que el poema, con sus ojos de pez,
seguirá viéndolo en toda su complejidad.

Aquí está: círculo cerrado, asunto resuelto.
Con la tercera parte de un lápiz gastado,
en un tercio de una página que arranqué,
escribo esto para tí, que vienes detrás y no te veo.
Lector: una parte de enigma y dos de misterio.

Alejandro Duque Amusco

LA NORIA

Guarda todo volver varios regresos.

El regreso a la tierra que me vio de niño
pone en pie días lejanos, rostros de antiguas épocas que se fueron, sin despedida,
por el silencioso talud.

Vuelven las hogueras del verano, el olor de la adelfa. También las blancas
sedas del jazmín.
¿Desde cuándo no oía la voz tan nítida del corazón hablándome?

El agua de la fuente fluye, y no vuelve.
Las llamas de la lumbre arden, y el viento las apaga.

Pero nada se pierde. Contados fueron nuestros pasos, nuestros latidos,
y hasta el más mínimo gesto fue necesario para colmar la medida.

Fui, amé, volví. Donde quiera que estuve me sentí en el exilio,
hoy duele reconocer que la vida no se salva con la vida y que cada recuerdo tiene
un precio excesivo.

En el umbral espero. Si era esto volver, toda mi vida he avanzado por
un sendero inmóvil
que me ha llevado, de golpe, hasta el lugar del que nunca me fui.

Guarda todo volver varios regresos.

José Luis Vidal Carreras

MI FUERZA

Mi fuerza no está en mí,
vive difusa
en un hato de pájaros.
Yo soy uno de ellos
que se corrige
en la necesidad;
que busca apoyo,
precipitándose,
en su hermano de vuelo.

Martha Asunción Alonso

MUTACIONES POÉTICAS

En mi familia no hay poetas.

Pero mi abuelo Gregorio,
cuando regaba el huerto en Tarancón,
se quedó tantas tardes
velando las acequias, murmurando:

No bebemos

el agua: es ella quien nos bebe.

El agua

es

la mujer.

No, en mi familia no hay poetas.

Pero una vez, muy niña, encontré cáscaras
de huevo azul
a los pies del almendruco.
Se las mostré a mi padre y mi padre, silencioso,
me enseñó a hacerles un nido
con ramaje;
y me enseñó por qué: hay pedazos de vida
que son
sueños enteros.

En mi familia, os digo, no hay poetas.

Pero cuando mi bisabuela
Asunción

contempló por vez primera el mar
—la primera y la única—,
me cuentan que se quedó muy seria, muy callada,
durante un ancho rato, hasta que dijo:

Gracias

por

los ojos.

No sé de dónde salgo. En mi familia
no hay poetas
malos.

Rosa Díaz

DE LAS QUE TEJÍAN LA FELICIDAD

*El día transmite el mensaje al día,
y la noche a la noche pasa la noticia.*
SALMOS, 19, 2

He apagado mis ojos para ver desde el corazón
como se ven los fiordos
y las nubes:

El día transmite el mensaje al día,
y la noche a la noche pasa la noticia
para que coincidamos en el tiempo de aquella bata suya
de flores amarillas,
con la que bajaba a la playa cuando los niños eran chicos,
cuando
hacíamos chalecos para ellos
sin saber que tejíamos la felicidad:
Como tapia de jazmín la intuyo,
como espina de rosa la siento.

—Me volví remolona —me dice—.
Dejé
de hacer punto y de bajar a la playa,
olvidé las agujas y las ganas de comer.
Llegué a los fuegos fatuos que erizan los cadáveres
allá donde el frío
o en la patria del viento.

Acaso las flores,
las flores internas que empezaban a pudrirse dentro de mí
tengan que ver con esto,
la casa roída por los aconteceres de la yedra, también.
Descuajaringada está y a punto de caerse,

pero la adecento con cal viva,
me afano con el corrosivo orín y aljofifo las losetas de la galería
porque en ella cabrán nuestros pasos...
Busco el blanco, el verde y el azul:
El azul en las vigas, el verde en los fierros y el blanco
 en las paredes...,
el azul en las vigas, el verde en los fierros y el blanco en las paredes...
Y repite y repite porque es la salmodia de ese tiempo.

Así la veo llegar
a los pasadizos de su lluvia,
la que aporreaba las canales y todo lo dejaba perdido.
Y es curioso, porque lo que tuvo en esa época
sigue estando allí:
 «El cuarto de los humildes» lleno de cachivaches,
las sillas rotas, los sofás con los muelles saltados,
los gatos desperezándose entre la pátina de polvo y las telarañas,
el ventanuco del tejado, la galería, el patio, las pilistras y yo con
 vestido de niña.
Ni falta jaula de pájaro, ni pájaro,
ni canto de pájaro atado a un trozo de claridad.

Hasta la muchacha con alcuza
que corre a su vejez en trenes despiadados,
lleva sus trajes,
se peina como ella.

También hurga el limo,
y como náufraga va sobre los cachalotes amortajados por las algas
y la quietud de las embarcaciones.

Entra en lo desaparecido y en la inteligencia del arte
y, en blanco y negro, cruza el bosque que dicen de Perséfone,
la catástrofe de Bruguel el Viejo y los martirios de Caravaggio.
Se acomoda en la barca de Delacroix y, Velázquez,
le pide los ojos

para esa hilandera
que va a cortar
el hilo.

Esto y más la observa desde los nichos de adobe,
donde las sombras se entretienen royendo
los cartílagos santos de los niños.

Y así hasta el diente de la pequeña Sulamita,
hasta dar con la gracia
del ondear
del trigo
y el día transmite su mensaje al día,
y la noche a la noche pasa la noticia
de algo que nunca pongo en pie,
pero me alerta, y miro hacia el tiempo de aquella bata antigua
de flores amarillas,
con la que bajaba a la playa cuando los niños eran chicos,
cuando hacíamos chalecos para ellos sin saber que tejíamos la
felicidad.

José Ovejero

FOR DORE ASHTON

The house is crumbling,
the world of course
is too,
and you just take note
of dripping and peeling
of ripping and scattering away:
you have seen
worse.

A crazy old lady, you say,
and there is pride and pain
and a pinch of mockery,
but the house, but your hearing,
but your memory,
and you have not even noticed
your cigarette still burning
and look for another. You have seen
worse: a whole century,
its terrible beauty
and ugliness you carry in your luggage,
we are now well into the next
and forgetting each day swifter,
unlikely lightweights, feathers
with no sorrow and no remorse,
but fear, a patient poacher, is crouching
behind false hopes.
You don't count your blessings
because you are ashamed of them,
and allow people to steal some from you

so as not to die with too many
still unused.

I ask you about dying,
you say you don't care
and the lie
makes you mortal,
even smaller, a bit vain,
like that unfitting hairdo,
although there is grace
in accepting old age
only to a point.

Oh, Dore, the house is giving in
—not you, I know—,
rain pours into the attic
and you could mistake the cracks
for writing in the walls,
no fucking mene tekels,
just lines, abstraction, delicate
ornaments of the soul. Or the signature left
by one of your painters, lovers, ghosts,
before leaving
or dying
or leaving
or dying
or leaving you,
not alone,
not lonesome,
behind,
alive,
not kicking,
just asking them
and yourself
why.
And where.
And, above all, when.

Dore Ashton tiene ochenta y seis años.

Si te acabas de hacer la imagen de una anciana encorvada que vive entre el sillón y la cama, bórrala. Dore, al menos hasta hace un año era así, sube casi a la carrera las escaleras de su casa en el East Side de Nueva York, se sienta con las piernas colgando por encima de uno de los brazos del sillón —como una adolescente—, cocina, conversa con una energía y una curiosidad que desmienten sus arrugas.

Dore es una de las críticas de arte más respetadas de Estados Unidos. Echad un vistazo a sus ensayos sobre Rothko, sobre Picasso, sobre Barceló; no os perdáis *Fábula de arte moderno*. Nos conocimos hace siete u ocho años, da igual ahora cómo. Desde entonces, cuando estoy en Nueva York procuro visitarla. No solo por lo interesante de su conversación sobre arte; tampoco porque fue amiga de Octavio Paz, lo es de Sergio Ramírez, porque a la mesa de su cocina se sentó Borges, por esa familiaridad nada ostentosa con todo tipo de intelectuales y escritores —tardé bastante en darme cuenta de que cuando hablaba de Julito se refería a Cortázar—. Sobre todo me interesó de ella que después de una vida de luchas, la mayoría saldadas con derrotas, era alguien que no había perdido ni la fe ni la capacidad crítica. Dore había sido una activista de izquierdas implicada en toda causa que se opusiese al capitalismo y al imperialismo.

A principios de noviembre de 2012 tuve un problema de espalda que me dejó inmovilizado durante varios días en su casa. Tumbado en la cama en su buhardilla, contemplaba esa casa que casi literalmente se venía abajo y en la que continuamente encontraban hospitalidad gentes de todo tipo. Me daba cuenta de que muchos abusaban de esa hospitalidad. De sus habitaciones desaparecían cuadros, libros, cartas. Ella considera que tener una casa es un privilegio y que debe compartirlo, a pesar de todo. Cuando me fui recuperando, pasaba largos ratos de conversación con ella en la cocina. Me emocionaba sentir su energía, y asistir a su deseo intacto de entender el mundo. Qué más daba que a veces preguntase tres veces lo mismo. La imaginaba —más bien, sé que es así— dando clase en la universidad a sus más de ochenta años y

a sus alumnos tan fascinados como yo por alguien que se negaba a dejarse doblegar ni siquiera por la edad. Y, tumbado en la cama, mirando las grietas, la escayola desmoronándose, las manchas de humedad, escribí este poema en inglés, supongo que porque mis conversaciones con ella eran ese idioma. Nunca le he enseñado el poema. No sé si lo haré. Sí me gustaría volver a verla, descubrir que está trabajando en un nuevo libro, y que se sigue olvidando de tantas cosas pero no de quién ha sido ni de por lo que ha luchado.

Antonio Hernández

UN DÍA VINO A MI CASA

Un día llegó Miguel Hernández
a mi casa y preguntó a voces
su cantaor: *¿Vive aquí Er Noni
de Arcos?*

Pero ceceaba demasiado
para ser Miguel Hernández.
Sí, aquí vive, le dijo
Mary Luz.

Y se quedó con nosotros.

Un día llegó César Vallejo
a mi casa. Era representante
de café y traía unos zapatos
que daban de llorar: *¿Vive aquí
Er Noni de Arcos?*

Sí, aquí,

y nos dijo que lo mandaba
el Pacote Velázquez, otro
lleno de lamparones de ternura.
Pero no era cholo, sino andaluz,
andaluz hasta el tuétano raspado
de cante jondo y solidaridades.
Y se quedó a conversar con nosotros.

Un día llegó Pablo Neruda
porque escribía como un barracón
y una gañanía llena de hambrientos,
de chilenos del Sur de España.
—Sí, aquí vive el Noni.
Y como en la casa oía a potaje,

dijo: Huelo a las manos
de mi madre. Y se sentó en la mesa
de la amistad para siempre.
Venía de los interrogatorios
venía de la cárcel, a buscarse la vida
en Madrid. Y al Noni le nació
por dentro una mejor persona.
Con Joselero de Morón venía,
con Diego del Gastor, con el Tartaja,
con Alfonso y Alejandro...

Vino a su casa un día Julio Vélez.

Juan Ramón Jiménez consideraba que lo esencial poético se asentaba en «la emoción, el pensamiento y el acento». Pero, ¿a qué se refiere JRJ, el poeta del «nombre exacto de las cosas», con la expresión «accento»? Aunque rara vez menciona esta palabra en sus poemas sí lo hace en sus cartas y aforismos en numerosas ocasiones. A Valle-Inclán le escribe:

Desde La Celestina nadie en España ha alcanzado en ese orden mayor plenitud de sintaxis, dicción y de acento.

Y a Carmen y Cipriano Rivas Cherif les dice a propósito de los primerizos poemas de su hijo Enrique:

De los versos de su hijo quiero decirle que, desde el primer momento, por líneas sueltas, acento y palabra, se adivina una clarividencia de poeta verdadero en jermen.

De Unamuno destacaba su «poder interior, el «accento» seco pero indudable (ya está aquí el buen «accento» –señalaba–), que teníamos perdido desde Bécquer». También se refirió JRJ a su propio «accento» en un poema de su libro *Apartamiento*:

¿Mi acento
no es verdadero?

JRJ vincula el acento al espíritu del poeta. El espíritu es clave para la creación, así también lo consideraron escritores como Goethe («el espíritu debe guiar al talento»), Hölderlin (que habló de «resolver el espíritu en la palabra») o Shelley («la poesía es congénita con el espíritu del hombre»). La palabra griega *pnéuma* (espíritu) procede de *pnéo*, que significa *respirar* o soplar, y espíritu en hebreo, *ruaj*, deriva de una raíz de igual significado. Así las grandes tradiciones vinculan «espíritu» a «aliento», a «hálito», conceptos bajo los que subyace un elemento vivificador, creador y portador de vida. Siguiendo la razón juanramoniana el acento tiene que ver directamente con el «aliento» de la creación, emanación de la gracia natural y de la «inteligencia sensitiva».

El espíritu del poeta debe desarrollarse y estar siempre en marcha, como la obra, como la vida, y ese caminar debe ser hacia dentro, hacia el centro de cada uno, atentos siempre a la voz interior y ajenos a lo exterior que, según Juan Ramón, quita fuerza a la voz del poeta. Debemos ser «quemadores de nuestro espíritu» en un «éxtasis» dinámico guiado por la inquietud permanente. De ahí «sale el acento esencial» para el

poeta de Moguer porque la reflexión y ahondamiento constantes conducen al «éxtasis» que conlleva la poesía y que supone el «acento», que no lo encuentra siempre quien lo busca, que solo viene a nosotros si «nos lo merecemos con nuestra inquietud y nuestro entusiasmo».

Como «éxtasis dinámico» la poesía es rítmica. Juan Ramón recuerda que los bailarines auténticos, «los poetas del ritmo absoluto», tienen que verse por dentro. Y esto, más que con la conciencia, tiene que ver para él con lo intuitivo. Cuando dicen que «el poeta es un pobre ser inútil, que apenas se mueve», JRJ contesta que hay una emoción del movimiento profundo porque la auténtica poesía se conoce por su profundidad emotiva. JRJ habló de poetas con voz de pecho (los de la emoción, los que «pueden llegar a todos»: San Juan de la Cruz, Bécquer, Antonio Machado) y con voz de cabeza (los de razón, que, sin voz de pecho, «difícilmente llegarán a las inmensas minorías»: Herrera, Calderón, Guillén). Asimismo despreció la poesía de artificio, de ingenio, la «habilitosa» en la técnica, a la que llama poesía de «timo y truco», tan alejada para él de la frescura de la «gracia» y de la emoción. Defendió, con Ortega, la aristocracia de espíritu y el sostén espiritual en la poesía y, siempre, la naturalidad y la sencillez.

El acento se encuentra para Juan Ramón precisamente en eso, en lo natural, también en la gracia, en lo sensual, en lo que resulta difícil de conseguir porque supone un «milagro auténtico de la poesía», ese milagro de la gracia y la sensualidad que emana para el poeta de la «embriaguez» y de «lo natural mejor». Los poetas de acento son para él «los poetas auténticos, milagrosos y fatales» y el acento es «lo verdaderamente distintivo de un poeta». El acento aflora en la voz, en una voz, ligada a la esencia de cada autor:

Yo siempre creí, ante todo, en la voz –señala JRJ–; voz que no tenía acento en la mayoría de tales poetas (M. Villa, Salinas, Guillén, etc.) de voces más que de voz.

Crítico con sus coetáneos, en muchos vio ecos suyos, ecos sin acento, voces para él en muchas ocasiones de su voz porque el escritor –ya lo decía Bécquer– tiene que ver con el alma y el «poeta de acento», el poeta verdadero, «pájaro solitario» que diría San Juan de la Cruz, que se va siempre a lo más alto, siempre solo, y canta con suavidad, lleva la impronta en el alma. Es realmente el que «era en un principio» –dice JRJ– y esto sucede cuando los dioses tienen la misma «sustancia» que la de los escritores. El espíritu es divino para el poeta porque es «orijinal»; «lo divino está en nosotros –señala Juan Ramón– como un diamante en una mina». Escribía en su libro *Bonanza*:

Yo, bastante
he tenido
con mi ilusión de luz,
con mi acento divino.

El acento nace de la fusión personal de la poesía con el escritor y va ligado a la exigencia máxima de un poeta. El poeta de espíritu es el que comprende a todos los hombres y se comprende a sí mismo porque deriva de la indagación profunda del ser unida a la verdad. Está deseoso de expresar lo inefable y la belleza absoluta, esa «realidad invisible»; solo el poeta «puede comprender, contener y espresar esa inmanencia sin límites» y la puede transmitir con palabra, con «el milagro musical de las palabras», como escribió Valle-Inclán en *La lámpara maravillosa*: «el alma demiurga está en nosotros, y el verso y el ritmo vuelven a ser creados».

Para JRJ la poesía es para los sentidos frente a la literatura, que copia o comenta lo exterior, que «espresa lo fable, de lo que se puede espresar, de algo posible». La poesía es algo completamente espiritual cuya expresión pretende la belleza absoluta frente a la belleza relativa que capta la literatura en un espejo. La literatura es para JRJ «estado de cultura» y, la poesía, «estado de gracia, anterior y posterior a la cultura». María Zambrano habló de la poesía como don y hallazgo por la gracia.

El acento es lo que JRJ considera que se debe respetar en las traducciones, lo que se debe mantener como esencia de un autor. Es también lo que él denomina «la forma de la huida» del escritor, la gracia esencial, lo que queda cuando el poeta no está, su «forma apasionada de libertad». Lo dice así Juan Ramón:

El estado de gracia poético, el éstasis dinámico, el embeleso rítmico embriagador, el indecible milagro palpitante, de donde sale el asunto esencial (...), es forma de la huida, forma apasionada de libertad.

En su libro *Estética y ética estética* observaba la carencia de ese «éstasis», del acento, en los poetas jóvenes del momento —ya lo apuntábamos—, salvo en Unamuno, Antonio Machado, Alberti, Bergamín o Lorca. A este último le vio, como escribió en sus cartas, «temperamento lírico», «pasión» y «acento», «hallazgos».

La poesía española que ahora se dice «nueva» carece en general de éstasis: pensamiento y sentimiento, es decir, espíritu; por eso no tiene acento.

El acento, el éstasis de la poesía española sigue pasando eterno por debajo de todos los «movimientos». Acento de Jorge Manrique, de Fray Luis de León, de Bécquer, de Unamuno, de Antonio Machado.

Ponderó ese acento especialmente en San Juan de la Cruz, por su misticismo, y, en Bécquer, por su idealismo. Reconoce en los místicos la «poesía verdadera» que también encuentra en la poesía popular porque para él la naturaleza alimenta mejor «el alma de los poetas espirituales». Para JRJ lo espiritual está igualmente en Bécquer y en Unamuno, también en Lorca, pero no lo encontró en su generación. Los escritores del 27 como Guillén o Salinas no tienen acento para Juan Ramón porque carecen de «éstasis espiritual, dinámica espiritual, emoción espiritual; emoción, dinamismo, éstasis, espí-

ritu, gracia, en suma, que estos poetas voluntariosos y testarudos reconocían que les faltaban».

La poesía para él es una suma de todos los valores, ha de ser «integral» y aunar pensamiento, sentimiento, imagen, color, música y emoción. JRJ creó incluso el neologismo de «sentipensamiento» para unir los dos conceptos que consideraba claves en el hecho poético. Para él la poesía se ligaba a los valores supremos de conciencia, igualdad, amor, aristocracia de espíritu y de inteligencia. Esa aristocracia otorga el acento en poesía. JRJ presupone el mejor hombre en el poeta verdadero, el de mayor riqueza ideal y espiritual porque la pureza de espíritu ha de contener la poesía pura. La poesía más fuerte será para él la poesía del pensamiento más alto, un pensamiento con sentimiento que no debe olvidar el encanto. Defendía esta idea citando al poeta y filósofo Jorge Santayana en una carta dirigida a Cernuda:

La poesía es algo secreto y puro, una percepción mágica que enciende el entendimiento un instante, así como los reflejos en el agua, inquietos y fujitivos. Mi verdadero poeta es el que coje el encanto de cualquier cosa, cualquier algo, y deja caer la cosa misma.

JRJ reclama una aristocracia de espíritu en el poeta necesaria para lograr la pureza y el acento. Con «clarividencia» (gracia, emoción) y «cultivo» («éxtasis dinámico» en la búsqueda los valores más altos) el poeta halla su tesoro interior que lo trasciende.

Poeta es el que arranca el tesoro de la inmensidad a la eternidad.

R E S
E Ñ A
S

Raro dominio

VICTORIA LEÓN

Javier Almuzara

Quede claro (Antología poética 1989-2013)

Sevilla, Renacimiento, 2014.

Una de las muchas cosas que deja meridianamente claras la lectura de esta antología que recorre, con la inclusión de un libro inédito, la trayectoria poética de Javier Almuzara (Oviedo, 1969) es que sin duda nos hallamos ante una de las voces más personales y sobresalientes de su generación.

Es Almuzara un poeta de los que no temen dialogar con sus mayores o, lo que es lo mismo, medirse con ellos, ni sumergirse de lleno en la tradición con el convencimiento de que solo en ella puede sonar, clara y distinta, la propia voz ("Silencio. Todo / ha sido dicho. Antiguas / palabras llenan / el corazón del tiempo. / Démosle voz al eco"). Un poeta que no olvida nunca que es en el juego de espejos entre poema y lector donde se halla su verdadera capacidad de perdurabilidad y trascendencia.

Haciendo honor a su título, tal como se anuncia en esa especie de soneto-prólogo que con el título "Señas de identidad" abre la antología ("[...] quede claro / que no aspiro al misterio sino al raro / dominio de la luz y de la hondura [...]"), el lector encontrará en este libro una poesía fundada sobre los cimientos de la transparencia y la profundidad en la que forma y sentido van siempre de la mano y, lo que es aún más decisivo, siempre dirigidos a un punto, guiados por una intención. De ahí la sabia arquitectura lograda en la mayoría de estos poemas escritos por alguien para quien en poesía no cabe el acto gratuito.

Formalmente, destaca una considerable variedad métrica. Del haiku y la tanka al soneto, desfilan por el libro las más diversas formas estróficas, que a menudo combinan arte mayor y menor en breves poemas narrativos o cercanos al epigrama, y con bastante frecuencia incorporan la rima con la difícil naturalidad con que han sabido utilizarla algunos de los más grandes poetas contemporáneos; a veces puesta al servicio de la ironía, siempre al de la música entendida como cualidad indispensable del poema.

Sus temas fundamentales son los de la poesía reflexiva de todos los tiempos, teñidos de un tono predominantemente elegíaco aunque también en ocasiones celebratorio y de intensa exaltación vital, y con una inconfundible y muy marcada impronta de la tradición grecolatina. Para Miguel d'Ors, autor del prólogo, se trata de un «corpus de variaciones sobre el tema de la muerte». Y es cierto que de bastantes de estos poemas podría decirse que tienen mucho de epitafio. Pero destacan también los que, entre la confesión y la ironía, juegan con la mejor tradición hispánica del poema autorretrato. Y uno de los temas recurrentes y centrales de la poesía de Almuzara es también la poesía misma, por lo que abundan los textos que pueden leerse como poética.

Brevedad y concisión, emoción contenida y dicción natural y antirretórica son el resto de señas de identidad de estos poemas que demuestran que el arte puede servir para iluminar las sombras de un mundo confuso y tantas veces sórdido. Y que el raro dominio de la luz y de la hondura, aunque no pueda salvarlo, al menos, lo conforta.

Rodrigo Olay, la víspera y la fiesta

SERGIO FERNÁNDEZ SALVADOR

Rodrigo Olay

La víspera

La isla de Sitolá, 2014.

La víspera (La isla de Sitolá) es el segundo libro de poemas de Rodrigo Olay (Noreña, Asturias, 1989). Sin duda asombrará a quien llegue a este autor por vez primera la personalidad que demuestra a tan breve edad. Pero esta ya había quedado patente en *Cerrar los ojos para verte* (Universos, 2011), un *tour de force* donde el joven poeta mostraba las armas de sus letras: una observación limpia y admirada de la naturaleza, la voluntad de búsqueda de la palabra precisa, y sobre todo un fecundo diálogo con la tradición y una extraordinaria habilidad métrica que saca excelente partido a sus muy bien asimiladas lecturas. También una sana jocundidad deudora del epigrama latino o, más cerca, del Víctor Botas de *Agua mayores y menores*. El autor de *Proso-*

pon es uno de los numerosos poetas que recibían en aquel libro y reciben en *La víspera* los agradecidos guiños líricos de Olay. Otros (a Ángel González o a Javier Almuzara) denotan el ascendiente de la poesía asturiana en la del autor como marca de identidad; también resuenan en ella las voces de Borges o Miguel d'Ors. Rodrigo Olay sabe que no parte de cero, que se incorpora a una tradición.

Pero bucear en la genealogía literaria del autor tiene un interés relativo. Más provechoso parece señalar sus virtudes. La más llamativa es su gran seguridad en el manejo de las formas, que sería lo de menos si no estuvieran como están al servicio de la emoción. Toca todos los palos: sonetos alejandrinos, endecasílabos o trisílabos, décimas, octavas, haikus... La actualización de estrofas clásicas es uno de los atractivos de este libro. El autor se adapta a ellas con naturalidad, sin forzar la nota ni la rima. Incluye también en el libro una prosa breve (que viene a cumplir la función del sorbete en las bodas) que deja patente la afición del poeta por el ajedrez (publicó un ensayo en *Clarín* titulado «Del ajedrez como una de las bellas artes»). Otras muestras de sana originalidad son el poema con doble versión en asturiano y castellano o el hecho de que otros dos, el primero y el último del libro, compartan título.

Las ideas a veces hacen la mitad del poema. Así en el que abre el libro y le presta su nombre, una enumeración de prometedoras vísperas que ganan por goleada al escueto y presente «Ahora, compara» del último verso. Claro que en estos poemas se corre el riesgo de que la idea no llegue, como tal vez ocurra en «El envidiado». Pero donde no llega la idea llega la poesía. No hay página sin su pequeño gran placer, sin su acierto. Entre estos, las imágenes, originalísimas, y como ejemplo las acumuladas en «Día de nieve» para referirse al manto blanco como «cuaderno el primer día de colegio / y virgen temerosa de su propia hermosura, / o algodón melancólico o nube de la tierra / o también el cadáver de la luz / o quizá piel del frío», etc. Los poemas breves que se fían a ellas, como los haikus dedicados a las estaciones o los epigramas, están entre los más logrados del libro.

También me parece digna de destacarse la reivindicación del verso más allá del poema, como en «Endecasílabos» o «Alejandrinos», a veces reutilizándolos (por qué no), como el citado «La nieve es el cadáver de la luz», que aparecía en *Cerrar*

los ojos para verte. Este reciclaje poético es una manera más de las que tiene Rodrigo Olay de jugar con las palabras, lo que nunca hace por darse pisto, sino por puro cariño, como hace un padre con el hijo. Los juegos conceptistas no se quedan en mero ejercicio retórico, sino que contribuyen a la expresión: «amar a veces sabe a mar amargo». El final del emotivo «Palabras a la hija que algún día tendré» parece imitar el balbuceo del bebé (*ya, yí, yo, yú*): «Porque allí yo ya no podré ayudarte.» En «La Manga. 2010. Fotografía» vuelve a travesear con el calambur: «Cae una luz en alud que en tu figura / todo lo cura y soy todo locura.» Si tras leer un poema como este diríamos al autor algo como «vale, muy bien, pero ¿y la emoción?», al pasar la página nos encontramos con el sentido y magnífico poema dedicado al abuelo muerto. Demuestra con ello el poeta ser consciente de los peligros de la habilidad.

Los temas son variados. Alternan los de tono clásico («A la corte de Antíoco ha llegado un viajero», «*Diffugere nives*») con algún experimento más o menos surrealista como «1965», que prescinde de los signos de puntuación. Los poemas amorosos casi siempre aciertan a evitar la *pathetic fallacy*, sobre la que ironiza en «Acción de gracias», precisamente el poema que más la ronda. Hay también un puñado de poemas familiares, como el citado del abuelo, o «Historia de un amor», dedicado a la madre del poeta, ejemplo de un tipo de poema marca de la casa, que desarrolla la técnica del engaño-desengaño: el amor abnegado de una mujer ante el cual el poeta se deja querer interesadamente no es el de una preterida amante, sino el de su madre. Otros finales se resuelven en paradoja; así «Elogio de la locura», en el que, tras enumerar una serie de audacias que no ha realizado con su novia, el poeta concluye: «Toda la vida igual. // Dos insensatos.» Tampoco faltan las poéticas, entre líneas o de cuerpo entero. El poema titulado precisamente «Poética» pone deberes al lector autor: «Un poema es poema / si puede acompañar —si recordarse— / a quien sabe que ya es breve su tiempo. // Si pudieran tus versos ser los últimos.»

Comencé hablando de la juventud del autor, circunstancia que en sí misma ni suma ni resta. Si por ella el libro gana en frescura y verdad es porque las atesora. Restarle méritos apoyándonos en ella no es sino un fácil recurso en este caso con poca justificación. Naturalmente, los años irán

moldeando el pensamiento del poeta, y con él su poesía, pero de igual modo que lo sigue haciendo en alguien de 40, de 60 años, que no tendrá precisamente más certezas, sino que no mostrará tan limpiamente las que le vayan quedando. Tampoco observo el riesgo de que el caudal de referencias e influencias eclipse su mundo interior. Todo lo demás está de su mano, mirada, oído, seducción verbal y —no lo olvidemos ni nos avergoncemos— sensibilidad y emoción: poesía.

Latidos de la India

MARTÍN MERINO RUIZ-FUNES

Deborah Baker

La mano azul: La generación Beat y la India

Trad. de David Paraleda López

Prólogo de Jordi Doce

Fórcola, 2014.

Beat: latido, golpeado, vencido, beatitud... Demasiados significados para cuatro letras, pero, si prestamos atención, todos ellos nombran a esta generación de poetas furiosos, contradictorios y santos.

La editorial Fórcola ha editado oportunamente *La mano azul*, un apasionante ensayo, libro de viajes y biografía con trazos a veces novelescos, escrito por Deborah Baker. Es de esos libros que supone un esfuerzo ímprobo por parte de su autora, que pertenece a esa raza de biógrafos sajones que, desde la humildad y la sabiduría, emprenden una tarea compleja. El prólogo de Jordi Doce alumbra el texto con la claridad intelectual y profundidad vivencial a la que nos tiene acostumbrados. Se trata de un estudio acerca de la presencia de la generación beat en la India, profundizando en la dimensión mística de estos autores, por otra parte tan escasamente estudiada. Allen Ginsberg, en el verano de 1948, experimentó un momento de unión con la divinidad que luego buscaría infructuosamente repetir a lo largo de toda su vida. Todavía no consumía peyote, sino que dicho arrebatado procedía directamente de la lectura de Blake. Una tarde de verano oyó «la voz de Dios», y entendió que el cielo era una mano azul que se hacía a sí misma. «La mano azul viva, la existencia misma, era Dios». El título de la obra de Baker hace

referencia a este trance alucinatorio que, aunque Ginsberg siempre defendió que fue primordial para su vida y su poesía, ha sido soslayado hasta ahora por la crítica.

Persiguiendo esa voz, Ginsberg, junto con su amante Peter Orlovsky y los también poetas Gary Snyder y su mujer Joanne Kyger, viaja en 1961 a Bombay. Gary Snyder conocía bien oriente y era un viajero avezado. Su formación budista, así como su compromiso con la naturaleza y el arte lo convierten en un precedente de la generación posterior. Estuvieron allí recorriendo todo el país nada menos que quince meses. No suena a frivolidad. Además, no viajaban como harían las luminarias del rock años más tarde que iban a los hoteles de lujo de Bombay, sino que se alojaron en casas particulares, en *ashram* y, muchas veces, en barrios poco aconsejables. Con este viaje iniciático, Ginsberg se apartó de una notoriedad pública que ya había alcanzado, y se alejó de un occidente sobre el que se cernía la amenaza de una guerra nuclear. Buscaba a Dios y buscaba drogas, y la India era el lugar propicio para ambas empresas. La notoriedad pública de Ginsberg en aquella época procedía directamente de la publicación de su poemario *Howl*. Ginsberg escribió la primera parte del libro en un fin de semana entre su casa y el café *Med* bajo el efecto de peyote para flipar, anfetamina para acelerar y dexedrina para no desfallecer en un programa debidamente planificado. Todo lo que vino después, la televisión, las entrevistas, la fama, las burlas, los malentendidos y el sistema engullendo todo aquello que hacía saltar las alarmas, es lo que provocó que Ginsberg y sus amigos arribaran en India.

Y justo en ese momento *La mano azul* se convierte en un fascinante libro de viajes, siguiendo las andanzas de estos improbables compañeros, un recorrido espiritual que nos descubre sus hallazgos, sus problemas, la conexión con los poetas bengalíes del momento y todo aquello que aconteció en el camino.

Evidentemente, el tema del viaje es definitivo del movimiento beat. Distintos estudiosos han hecho referencia a la «esquizofrenia cultural» como esencia de la identidad norteamericana. Dicha identidad, ya en este periodo, estaba claramente vinculada a la movilidad, a la búsqueda incesante de nuevos espacios y, con ellos, de nuevas oportunidades de encontrar la libertad, la

prosperidad económica o cualquier otra meta que se persiguiera. Un viaje de verdad siempre es un proceso que implica una toma de postura: por una parte es un rechazo y por otra es una reinención. Este doble aspecto es el que, a mi juicio, retrata de una forma más ajustada a este grupo de autores. El movimiento beat se gesta como una forma de oponer una resistencia feroz e individual al sistema, al tiempo que tendía hacia la búsqueda de un nuevo misticismo. Estos, resistencia y misticismo, son los dos puntos entre los que oscila el péndulo emocional de esta generación. El viaje es la fuerza que lo mueve. Un viaje es una forma de rechazar un estado de cosas y se fundamenta en una necesidad apremiante de cambios, de ahí que el viaje de estos artistas pretendiera alcanzar otra forma de vivir y sentir el mundo, un nuevo paraíso edénico donde no hubiera sistema, ni imposiciones ni autoridad. Quizás hoy nos parezca ingenuo, incluso ridículo, pero supone un dosis importante de grandeza y termina siendo conmovedor.

Como atinadamente expresa Jordi Doce, el atrezzo de la contracultura no se concibe sin el incienso de la espiritualidad india. Hacia Oriente dirigieron sus pasos estos autores, aunque, en ocasiones, se haya frivolidado acerca de la pulsión metafísica de muchos de ellos. Según yo lo veo, es justamente ese anhelo de transcendencia lo que los engrandece. No solo rechazaron un orden establecido que nadie en su época cuestionaba, sino que proponen un cambio de conciencia, en el sentido de que es posible una nueva forma de concebir las cosas, una sensibilidad basada en la interconexión de los seres y en la libertad que proporciona el desapego. Este deseo de transcendencia encontró su acomodo más preciso en la tradición del budismo zen. Por todas estas razones, la novela de Kerouac *Los Vagabundos del Dharma*, tiene un título perfecto, pues describe de forma completa esta dualidad: la reacción contra el sistema que supone la vida nómada junto con el anhelo místico budista. Y aquí, justo en este cruce de caminos, es donde nos encontramos con este libro híbrido que es *La mano azul*. La autora posee una documentación abrumadora, tanto que con frecuencia se despierta la duda en el lector de que se hayan ficcionado algunos aspectos. Hay detalles, digamos tan íntimos, que surgen sospechas acerca de cómo la autora puede conocer las dosis exactas de heroína, o las sensaciones internas, o

cuántas veces orinó por la noche alguno de los personajes. Es cierto que siempre cabe la posibilidad de que se trate de detalles revelados en un epistolario que Deborah Baker simplemente conoce en su totalidad, pero hay una suerte de posesión de sus criaturas por parte de la autora que desborda lo académico hacia terrenos más fértiles. Si con respecto al contenido tenemos dudas, la estructura del libro es claramente novelesca y libre. Utiliza una técnica de collage, superponiendo momentos e imágenes. Los *flashbacks* son continuos y funcionan de forma ajustada, alumbrando justo los aspectos que la autora desea iluminar. Como afirma casi poéticamente Jordi Doce, en *La mano azul* el río de la cronología fluye en ambos sentidos.

La galería de tipos y personajes que aparecen en la obra forma un mapa minucioso de la época: poetas, intelectuales, camellos, santones, borrachos, místicos, pintores, políticos, actrices y gurús. Una corriente inagotable que atraviesa el libro como si fuera un retablo de aquellos años, y que, además, funciona como un diorama, porque, por contraste, también nos está diciendo algo de nuestros días. Ya nos hemos detenido en Ginsberg, centro gravitatorio de todo este sistema; y en Gary Snyder, encarnación del buscador espiritual, pero Deborah Baker saca de su inagotable chistera un personaje mágico rescatado un momento justo antes del olvido: Hope Savage. Esta mujer de simbólico nombre fue real, y bien merece una novela entera ella sola. Es una figura que aparece en muchas cartas y alusiones de autores y personajes de la época, y fue conocida por muchos de ellos: desde luego, fue un amor imposible durante toda la destartalada vida de Gregory Corso, que convivió con ella en París; amiga de Ginsberg y Orlovsky, con quienes coincidía en casi todas las ciudades que estos visitaban; y en alguna ocasión almorzó con Gary Snyder, quien llegó a pensar que quizás estuviera loca.

Sea como fuere, con veintipocos años Hope Savage soltó amarras y emprendió un viaje del que ya no regresó, prefigurando ese modelo de viajero que huye de sí mismo hasta borrarse del mapa. Algunos la encontraron inesperadamente en India, otros en Afganistan, en Etiopía... Borró su rastro y se reinventó. Fue una pionera que descreyó de su antiguo mundo y se echó al camino en busca de una pureza imposible. El caso de Hope Savage

es, en realidad, inaudito: una chica que, a finales de los años cincuenta, viaja sola, mujer y sola, por territorios que hoy en día nos infunden un respeto extremo, y en condiciones de desapego absoluto. Fue vista por última vez en 1963, poco antes de que aparecieran los primeros hippies, y nada más se ha sabido de ella.

La mano azul, finalmente, se convierte en un ajuste de cuentas con esta generación permanentemente tergiversada. Menospreciados intelectualmente por la crítica, y elevada su estatura icónica por los lectores, era necesario un libro como el de Deborah Baker que reflejara su mundo, sus valores y sus contradicciones.

La sagrada cotidianidad

ALMORAIMA GONZÁLEZ

Vicente Gallego

Cuaderno de brotes

Pre-Textos, 2014.

Hay en estos brotes un sabor nuevo del Vicente Gallego de siempre. Hallamos en esta especie de diario suyo cincuenta y siete poemas en prosa —escenas casi todos— con una presencia rotunda de su definitiva naturaleza, esa que ha ido moldeando en sus últimos libros (donde ya enfocaba de cerca los detalles del conjunto), completándola en su escala. El poeta que quería comprender, el que dispuso celebrar, el que descubrió enterrada la maravilla se encuentra ahora fundiéndose con el entorno, vaciándose en él. Gozando así el premio máximo. En este cuaderno sin jerarquías ni secciones, pasa el poeta por el desprendimiento casi absoluto, despojado de tanto y muy ejercitado en el arte, como dice él, de no ser nadie, de solo abrir bien los ojos. Es el saber ignorando, cuidar de uno olvidándose de sí. Y de esta forma, desde el desapego, la dejación de sí, canta con el amor profundo que siente por las cosas de la naturaleza.

Intento comprender su cosmología desde mi puesto de lectora suya. Y me doy cuenta de que siempre voy a estar de su lado, porque siempre me he dejado llevar de su mano y he acabado en lugar seguro. Su poesía última (*Si temierais morir; Mundo dentro del claro*) tiene mucho que ver con el Pensamiento de Vicente Gallego, está íntimamente

relacionada con sus ensayos, y sus reflexiones en Poesía no son solo el contenido o la materia: son la razón, el motor. He tenido la oportunidad de escucharlo leer parte de un libro de próxima publicación y de nuevo cambia el registro para hablar de lo que de verdad importa, pero el poeta eleva el tono y se pone más solemne. Sin embargo, volviendo a este *Cuaderno de brotes*, el conjunto tiene un acento amable en la exaltación de lo natural. El mérito de este entusiasmo dulce está en sacralizar lo cotidiano. Ese nervio con que transforma lo humilde en ceremonioso: «Tras la valla, los pallets duermen la siesta inmemorial de los objetos. Beata, la tarde está cayendo en el mismo lugar, en el preciso instante en que amaneció cuando la llamábamos aurora. Se afanan entre mis zapatos las hormigas, y son como los hombres, aunque los hombres no lo crean.» (del poema 45).

Es emocionante en esta celebración sin artificio de las cosas más puras, más claras, el encuentro feliz de unas palabras con otras. La Poesía en la prosa. Porque si bien acabo de decir que aquí hay pensamiento (que hay ideas, que hay una concepción formada del mundo) no se hace poesía con el pensamiento sino con las palabras sueltas, apenas con su sonido. Vicente Gallego las deja decirse. Sigue llamando la atención su clarividencia, ese ver más allá, siempre claridad en lo complejo y esa capacidad suya de vislumbrar lo que no puede ser explicado del todo: «nuestra riqueza es así de fácil, cuestión de verla». Saber mirar y dejar decir. Porque este es el libro de los temas humildes: se acerca a la mantis, a la hoguera, a la hormiga, al tronco que se está pudriendo, a la siesta, a la luz (que es motivo recurrente, que suele aparecer filtrándose por la ventana dando volumen a las cosas, despertándolas a los ojos del poeta, despertándolas al mundo). Este es el cuaderno del siempre agradecido, no sé si del panteísta o del que mira con profundo amor la naturaleza sin más, y solo por eso sus ojos la consagran.

Notará el lector habitual del valenciano la ausencia del tono de cancionero al que nos tiene acostumbrados, y que ha habido un trueque por el lenguaje más sencillo, más acorde con el objetivo de este canto. Porque quien escribe este diario es un paseante que observa, que mira a su alrededor, la casa humilde que calienta una fogata, un hilillo de hormigas, el mar Mediterráneo de la infancia, el asiento que ofrece una fronda, el hinojo joven

cuando brota. ¿Hay algo más sincero que esta belleza de lo natural, la verdadera? Yo, como Gallego, creo que no, porque «esta es la gran verdad que fluye de sí misma en su propio enunciado» y a él le basta con poner la «palabra en su boca, repetirla en voz alta, dejándose mecer en su eufonía».

El poeta ya no quiere comprender, solo saborear, dejarse quemar, dejarse arrasar, arrebatado, inundado por la música. Se escucha la belleza en este libro, la señora del lugar (ver el último poema). En su hermosísimo homenaje a la vida, a eso primigenio que sigue estando donde estaba, el Ser forma parte del Todo como un elemento más y por eso no hay ningún ejercicio de comprensión, o no al menos la aspiración a un conocimiento superior, porque el Ser está entre iguales: este, al fin y al cabo, sí puede ser el aprendizaje. Que la verdad del bambú está en el bambú, la del pino en el pino (y cerramos el círculo con la cita de Matsuo Basho que abre el libro). Y ya está. De nuevo un lucidísimo Gallego nos hace caer en la cuenta, una vez más nos abre los ojos y creemos en su filosofía.

Emoción y lírica

JUAN CARLOS ABRIL

Antonio Manilla

Broza

Pre-Textos, 2013.

Antonio Manilla (León, 1967) es una de las voces más representativas de su generación y, con títulos como este, confirma una trayectoria sólida y certera, con libros que se han convertido en referencias del panorama de la poesía española. *Una clara conciencia* (1997), *Canción gris* (2003) o *Momentos transversales* (2007) así lo demuestran, entre otros títulos que podríamos aquí citar.

La poesía de Antonio Manilla se define en la estela del romanticismo, sin caer en ningún neoque acabe convirtiéndose, con el tiempo, en un post-. En ella actúa un fuerte componente de la naturaleza, de manera incontrolada y ajena a nuestra voluntad, como si de una *Sturm und Drang* se tratara. Además, en *Broza* se lleva a cabo una continua y elaborada reflexión acerca de la existencia del hombre, visto desde una perspectiva nihilista y

existencialista, estoica y vitalista a la vez. Trataremos de explicar esta breve caracterización.

La relación de nuestra subjetividad con la objetividad del mundo se desarrolla a partir de la contemplación de las cosas y va adquiriendo cada vez tintes más complejos, hasta el punto de convertirse en una maraña indistinguible, una suerte de broza, esto es lo que no sirve de leña, un conjunto de ramas y hojas de deshecho. Porque aunque quieras separar la leña de la broza, sigue estando esta ahí, como parte integrante del todo. Es inherente una a la otra. La continua duda nos asalta, si bien hay razones argumentales que nos aseguran que el mundo está ahí, y que «todo está bien hecho» (de «Las estrategias de la vida», p. 32), al modo guilleniano. Más que una cuestión subjetiva se trata de comprender la inabarcabilidad del universo, la inherencia de una con la otra, como decíamos, el pegamento del exterior con nuestro interior, lo que está por fuera de nosotros que, mirándolo bien, es casi todo. Y es que hay que asumir que somos apenas una fugacidad: «arena en el desierto / que arrastrarán los vientos de la historia» (de «Nacimiento», p. 31), «No ha de durar el hombre» (de «*Panta rei*», p. 49), o «el hombre al fin comprende / en qué ha venido a dar su vida entera: / memoria de una nada / alzando hacia la luz sus brazos.» (de «Memoria de una nada», p. 43).

La sensación del vacío ronda cualquier esperanza humana ante nuestra precariedad, porque «Sólo es pura la pérdida, / todo cuanto perece, immaculado, / en el altar del fuego / plural y sin memoria.» (de «Impurezas», p. 42); o ante esta otra «Certeza»: «todo se va a perder / en el tiempo sin pausa.» (p. 41). Lo peor, sin embargo, no es esta sensación de caducidad, pues la voz poética la asume en multitud de versos y estrofas, y buen ejemplo podría ser «Plegaria nocturna»: «Que la salud y la memoria decrezcan juntas / para que, cuando la hora llegue, al menos / pueda uno recibirla dignamente, / sin lamentar las pérdidas.» (p. 54). Recibir a la muerte, se refiere, y vemos cómo hay una aceptación sin demasiados lamentos, más bien con temple, ante esta verdad última. El estremecedor «Oscura travesía» (p. 56) ilustra esta «resignación modesta, implícita» (ibíd.). Y decíamos que lo peor no era la sensación de pérdida, sino que lo que más lamenta el poeta es el olvido al que estamos abocados, como en «Coda» (p. 55) o tantos otros poemas que podríamos citar aquí, tema

recurrente: «Concédeme el olvido si vas a darme años» (p. 54), o en la composición justamente anterior, «Plegaria matinal», donde a modo de petición laica también se invoca al olvido: «Bendita enfermedad es el olvido: / desierta la conciencia, / esperar a la noche sin angustia / y nada recordar de cuanto amamos.» (p. 53). En uno de los mejores y más emocionantes textos de *Broza*, «*Ubi sumus*» (pp. 57-58), se combinan de manera muy acertada los grandes temas del poemario: la mirada del niño, la felicidad revivida en la memoria, el olvido...

Fruto de esta fuerza tanática que nos impele, el poeta continuamente nos está animando a vivir de manera plena, como en «*Carpe diem*» (p. 21), un poema que forma parte de una serie de títulos en los que a partir de los tópicos grecolatinos se nos envuelve en una atmósfera de belleza y reflexión. No solo hay que vivir lo más feliz que se pueda, sino saber que la auténtica felicidad está en la memoria, en nuestro recuerdo, y que es una construcción. Esos momentos que inventamos, que ficcionalizamos, son mucho más importantes que los reales, pues «en nada le supera la vida a la memoria» (ibíd.).

Esta búsqueda de felicidad se contrapone a las recurrentes preguntas metafísicas del poeta, quien a partir de la contemplación platónica de la bóveda celeste —astros, estrellas, luna— se cuestiona sin obtener respuesta (evidentemente) «quiénes somos», «de dónde venimos» y «adónde vamos», si no es porque nos alzamos, los hombres, el ser humano, como auténtica y única «razón de ser del laberinto» (de «*Homo sapiens sapiens*», p. 11), «semilla» que se expande en la cadena genética de la historia, y que nos ha traído hasta aquí, que nos ha arrojado —germinado, brotado— a ser lo que somos como en «*Vértigo*» (pp. 14-15): «Alzar, entonces, la mirada al cielo / y plantearse enigmas, / hacerse las preguntas que nadie ha respondido, / sentir la inmensidad del firmamento / y un frío por la espalda», que no dan sino «un vacío más hondo» (ibíd.), y que «Al final, cuando todo ha terminado, / cuando el río vuelve a ser el río / y la noche impasible, / las luces de algún pueblo nos sitúan / en medio del camino de regreso.» (ibíd.).

Una cadena que va no solo hacia adelante, sino también hacia atrás, y es por eso rica y fecunda. El poeta sigue siendo un niño ya que recuerda al niño que fue, porque «el niño que fue y nunca ha de

ser más / aún contempla el mundo» (de «*Gaia*», p. 25), y porque esta mirada de la infancia, inocente, pura, ingenua y sincrética, se halla desde las primeras páginas de *Broza*, en «*Tesoro*»: «Igual que unas monedas en las manos de un niño, / llenando de alegría sus ojos mientras sueña, / los altos astros quietos que tiemblan en la noche.» (p. 12), hasta el último y magnífico poema, que reproducimos íntegro dada su brevedad: «Niños buscando nidos: «Ser el zorzal que, acurrucado, espera, / oculto entre las ramas, rodeado de espinas, / a que pase el peligro. / En completa quietud, / sin temor a la muerte, sólo inquieto / por la mano de un niño.» (p. 61). No es casual, en ningún caso, que *Broza* concluya con esta mirada o invocación a la mirada del niño, y aquí queremos dejar constancia de nuestra lectura, invitando a los lectores a conocer un libro y una obra, la de Antonio Manilla, que siempre nos ofrece un puñado de emociones de la mejor lírica.

C O L
A B O
R A D
O R E
S

JUAN CARLOS ABRIL es profesor y crítico literario. Como poeta ha publicado *Un intruso nos somete* (1997), *El laberinto azul* (2001) y *Crisis* (2007). Está a punto de aparecer una antología de sus reseñas de poetas españoles contemporáneos. • **MARTHA ASUNCIÓN ALONSO** es autora de los libros de poemas *Cronología verde de un otoño* (Premio Blas de Otero, 2008), *Crisálida* (2010), *Detener la primavera* (Premio Antonio Carvajal, 2011), *La soledad criolla* (Premio Adonáis, 2013) y *Skinny Cap* (2014). • **CARMEN BELTRÁN FALCES** (Logroño, 1981) ha publicado los libros de poesía *Prohibido jugar* (2004), *Pecado original* (2007), *Cuaderno de sal* (2010) y *Ser como el pan* (2014). • **ENRIQUE BUERES** (Oviedo) vive en Madrid, donde trabaja como periodista cultural. Ha publicado los libros *Crónica de un viaje* y *Tiempos nuevos, tiempos salvajes*. Es coautor de *Días de 1989* y *Todavía voy por la primera temporada*, entre otros títulos. Próximamente verá la luz su poemario *La sociedad secreta*. • **JOSÉ JULIO CABANILLAS** ha publicado recientemente *Vigilia*, antología poética que recoge títulos como *Las canciones del alba* (1990), *Palabras de demora* (1994), *En lugar del mundo* (1998), *Los que devuelve el mar* (2005) y *Después de la noticia* (2011). Es además autor de la novela *Benzelá* (1998). • **ALEJANDRO CORCHERO VARÓN** (Sevilla, 1992) cursa el grado de Estudios Árabes e Islámicos en la Universidad de Sevilla. • **FRANCISCO JOSÉ CRUZ** (Alcalá del Río, Sevilla, 1962) es autor de, entre otros, los libros de poesía *Prehistoria de los ángeles* (1984), *Maneras de vivir* (I Premio Renacimiento de Poesía, 1998) o *A morir no se aprende* (2001). Dirige en Carmona la revista *Palimpsesto*, especialmente atenta a la poesía hispanoamericana. • **ROSA DÍAZ** es autora de una extensa bibliografía en la que destacan, además de obras de literatura infantil o novelas, los libros de poesía *La célula infinita* (1980), *Cuarto de los humildes* (Premio Miguel Hernández, 1992) *Gata mamá* (Premio Ciudad de Jaén, 2003) o *Esperando a Grenuile* (2013). • **VÍCTOR DOMÍNGUEZ CALVO** (Sevilla, 1969) obtuvo con *Pronombres personales* (2001, reeditado en 2013) el Premio de Poesía Universidad de Sevilla. Es miembro cofundador del Colectivo Surcos de Poesía. • **ALEJANDRO DUQUE AMUSCO** (Sevilla, 1949) es profesor de literatura en Barcelona. Gran especialista en Vicente Aleixandre, se ha ocupado ampliamente de la obra del Nobel. Su propia poesía se recoge en títulos como *Donde rompe la noche* (Premio Loewe, 1994), *A la ilusión final* (2008) o *Sueño en el fuego* (edición definitiva 2009). • **EMILIO DURÁN** (Sevilla) ha publicado varias novelas y los libros de poemas *Cartas son cartas* (1991), *Mosaico de los amores perdidos*, (Premio Leonor, 1994), *Logia de conversos* (1996) e *Itinerario de amor sobre un plano de Olavide* (2002). • **ISABEL ESCUDERO** es estudiosa y cultivadora de la poesía popular, presente en buena parte de su obra compuesta por títulos como *Coser y cantar* (1984), *Cifra y aroma* (2002), *Fiat umbra* (2008), *Gorrión, migajas...* (2008) y *Nunca se sabe* (2010). • **ROCÍO FERNÁNDEZ BERROCAL** (Sevilla, 1974) es especialista en Juan Ramón Jiménez, sobre el que ha publicado varias monografías, la más reciente de las cuales es *Platero y yo. El tiempo recobrado* (2014). En 2013 preparó la edición de *Idilios*, obra inédita del poeta de Moguer. • **SERGIO FERNÁNDEZ SALVADOR** (León, 1975) ha publicado los libros de poesía *Lo breve eterno* (2013) y *Quietud* (2011). Ha recogido, además, entradas de su blog en el volumen *Mitos y flautas* (2013). • **ISABEL GARCÍA MELLADO** (Madrid, 1977) publica los poemarios *Tic tac, toc tac* en 2009 y *Cómo liberar tigres blancos* en 2010. En 2014 ha visto la luz el tercero, *La traductora de incendios*. • **ALMORAIMA GONZÁLEZ**, filóloga, trabajó en el Centro Cultural Generación del 27, de Málaga, y en la actualidad es librera en Sevilla. Colabora habitualmente en revistas literarias como *Cuadernos Hispanoamericanos* o *Quimera*. • **ADRIÁN GONZÁLEZ DA COSTA** obtuvo en 2002 el Premio Adonáis por *Rua dos douradores*. Con su siguiente libro, *Por el sueño afuera*, ganó en 2012 el Premio de Letras Hispánicas de la Universidad de Sevilla. • **DAVID GONZÁLEZ LOBO** es un poeta venezolano, desde 1991 residente en Sevilla. En 2013 ha publicado su último poemario hasta la fecha, *Dulcamara*. Codirige la revista digital

Tinta China. • **ANA GORRÍA** colabora asiduamente en espacios digitales y revistas como *Ínsula* o *Quimera*. Su obra poética se compone de *Clepsidra* (2004), *Araña*, (2005), *El presente desnudo* (2005) y *La soledad de las formas* (2013). • **GONZALO GRAGERA** (Sevilla, 1991) publicó *Génesis* en 2011. Está a punto de salir de imprenta *La vida y algo más*, su segundo poemario. • **ANTONIO HERNÁNDEZ**, también prosista, reunió su extensa obra poética completa en *Insurgencias* (2010). *Nueva York después de muerto* (2013) le ha valido el Premio Nacional de Poesía, que se suma a otros reconocimientos, como el Premio Adonáis o, por dos veces, el nacional de la Crítica. • **SARA HERRERA PERALTA** (Jerez de la Frontera, 1980) es poeta y diseñadora gráfica residente actualmente en París. Ha publicado siete poemarios, el último de los cuales es *Documentum* (2014). Entre otros premios, ha recibido el Carmen Conde (2014). • **JESÚS JIMÉNEZ DOMÍNGUEZ** (Zaragoza, 1970) es autor de *Diario de la anemia/ Fermentaciones* (2000), *Fundido en negro* (2007, Premio Hermanos Argensola) y *Frecuencias* (2012, Premio Ciudad de Burgos). • **VICTORIA LEÓN** (Sevilla, 1981) es traductora literaria. Ha vertido al español una veintena de títulos de autores como Machen, Chesterton o Lord Dunsany. Colabora en revistas como *Mercurio*. • **MARCOS MATAcana MARTÍN** (Sevilla, 1973) es licenciado en Ciencias de la Información (Periodismo) y profesor de Lengua castellana y Literatura de Enseñanza Secundaria. Ha publicado poemas en revistas literarias. • **MARTÍN MERINO RUIZ-FUNES** es profesor de Lengua y Literatura en un instituto de Secundaria. Fue subdirector de la revista *Claros del Bosque*, del Aula de Poesía y Pensamiento María Zambrano de la Universidad de Sevilla, y ha publicado trabajos en *Turia*, incluido un ensayo sobre Gary Snyder. • **TONI MONTESINOS GILBERT** ha cultivado la novela, el ensayo y la poesía, además de la crítica en revistas y suplementos. Su más reciente publicación es *Melancolía y suicidios literarios* (2014). *Diario del poeta isleño* (2013) es su último poemario hasta la fecha. • **JOSÉ OVEJERO**, autor de una amplia obra en diferentes géneros, obtuvo el 2005 el Premio Primavera por su novela *Las vidas ajenas*, y en 2013 el Premio Alfaguara de Novela por *La invención del amor*. En poesía, su libro más reciente es *Nueva guía del Museo del Prado* (2012). • **JOSÉ LUIS REY** (Puente Genil, Córdoba, 1973) obtuvo el Premio Jaime Gil de Biedma por *La familia nórdica* (2006), el Loewe por *Barroco* (2010) y el Tifos por *Las visiones* (2012). Ha traducido la poesía completa de Emily Dickinson. • **MARÍA DEL VALLE RUBIO** es poeta y pintora. Sus títulos incluyen *Clamor de travesía* (1986), *Media vida* (1998), *A cuerpo limpio* (2000), o *Donadío* (2014), por los que ha recibido diversos premios. • **SONIA SAN ROMÁN** es autora de *Planeta de poliuretano* (2005) y ha participado en diferentes publicaciones colectivas y antologías, como *La verdadera historia de los hombres* (2005). • **RAFAEL ADOLFO TÉLLEZ** es profesor en el pueblo de su niñez eterna, Cañada del Rosal (Sevilla). Debutó con *Si no regresas junto portón oscuro* (1988). Sus libros fueron recogidos en *Los pasos lejanos. Poesía completa* (2007), recopilación a la que ha seguido *Los cantos de Joseph Uber* (2011). • **ROSARIO TRONCOSO** es profesora de Lengua y Literatura y colabora en diferentes medios. Dirige además la revista *El ático de los gatos*. Sus libros incluyen *El eje imaginario* (2012), *Fondo de armario* (2013) y *Transparente* (2014). • **JOSÉ LUIS VIDAL CARRERAS** (Vitoria, 1954) reside en Alicante, donde es profesor. Ha publicado siete libros de poesía, el último de los cuales es *Donde nunca hubo nada* (2010). En *Señor de los balcones* (2013), Antonio Moreno ha seleccionado lo mejor de su obra. • **MANUEL VILAS** es, además de novelista, uno de los autores más rompedores y premiados de la poesía española de los últimos años. *Amor* (2010) reúne su poesía dada a conocer desde 1988. Después ha publicado *Gran Vilas* (2012) y ha ganado con *El hundimiento* (aún inédito) el Premio Generación del 27. • **JUAN PABLO ZAPATER** es autor del libro «excepcionalmente original» –según Octavio Paz– *La coleccionista* (Premio Loewe a la Joven Creación, 1990, reeditado en 2013) y del más reciente *La velocidad del sueño* (2012, Premio de la Crítica Literaria Valenciana).

**Centro de Iniciativas Culturales
de la Universidad de Sevilla (CICUS)**

Directora

Concepción Fernández Martínez

ESTACIÓN POESÍA

Dirección

Antonio Rivero Taravillo

Comité asesor

**Enrique Baltanás, Juan Bonilla, Luis Alberto de Cuenca,
Ana Gorría, Ioana Gruia y Aurora Luque**

Coordinación técnica

Juan Diego Martín Cabeza

Diseño

F. Javier Martínez Navarro

Imprime

Imprenta Sand

ISSN 2341-2224

DL SE 618-2014

Contacto y suscripciones

estacionpoesia@us.es

C/Madre de Dios, 1. 41004 Sevilla

© 2015 *Secretariado de Publicaciones Universidad de Sevilla*

© *De los textos, sus autores*